

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

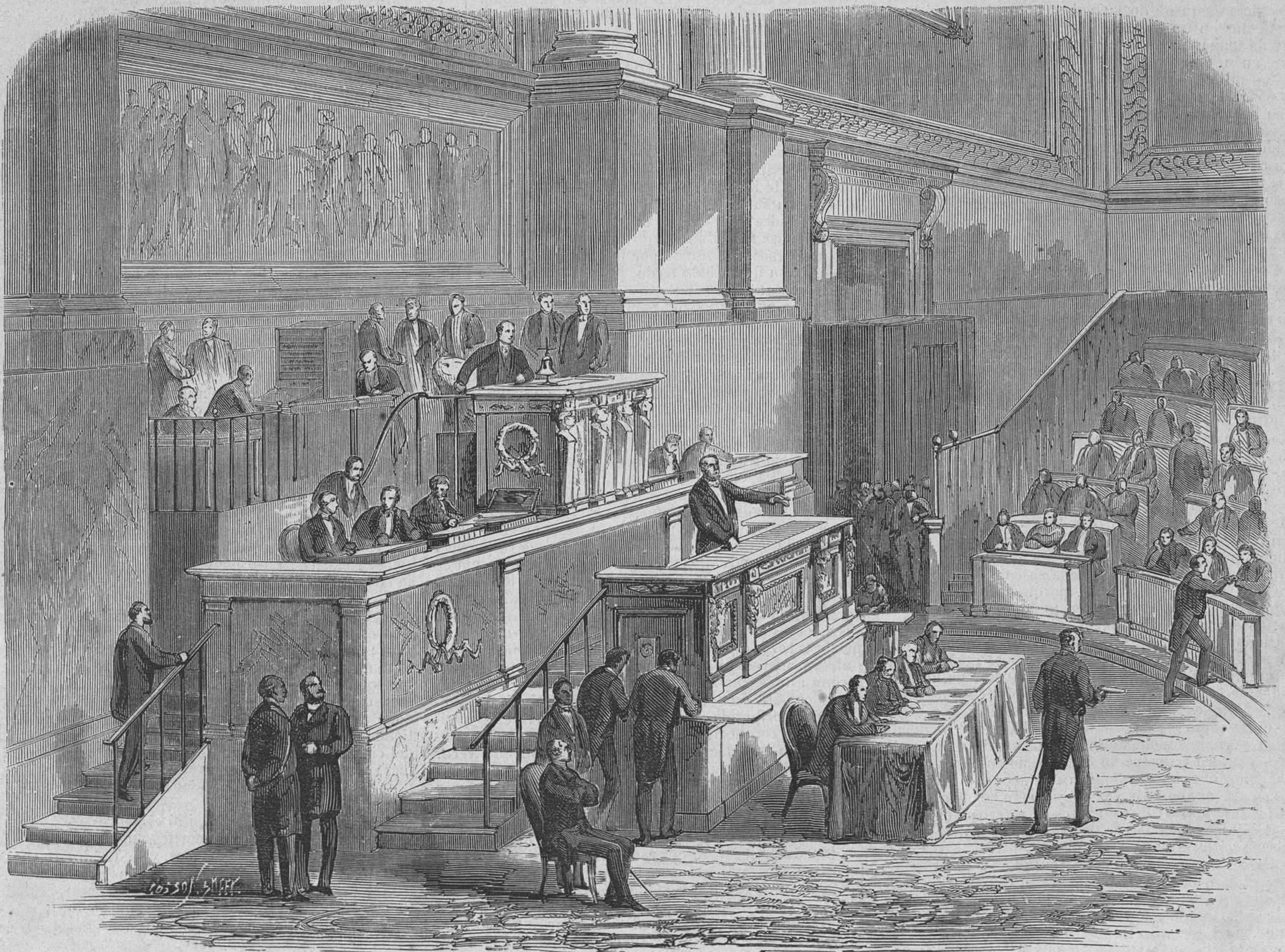
AÑO 26. — N° 739.

## SUMARIO.

La nueva tribuna del Cuerpo legislativo; grabado. — Cuadro de costumbres. — El falsario. — Inauguracion del monu-

mento conmemorativo de la batalla de Montmirail; grabado. — Despedida del conde de Lapelin, gobernador de la Martinica; grabado. — Revista de Paris. — Poesia. — El pala-

cio de los Césares en Roma; grabados. — Orlington. — El ferrocarril de Cintura; grabados. — La Marquesa de Pinares. — Recuerdos de un viaje por la república del Ecuador; grabados.



La nueva tribuna del Cuerpo legislativo.

## Cuadro de costumbres.

(Conclusion.)

Dos veces el teniente irlandés, el fiel Acate del capitán, había venido al castillo de Lindsay a informarse de la salud de Ruperto, y no habiendo recibido más que malas noticias, las había transmitido al marido ultrajado, hombre de mal gusto, de mal tono, que ni miraba el matrimonio como una cosa seria, ni entendía nada en los modales del gran mundo, y que, poseído del deseo de vengar su ultraje, sentía mucho que el ofensor perdiese la vida a manos del médico y no a las suyas. Hablábale de una pistola ante la cual se arrodillaba el esposo ofendido, verdadero ídolo irlandés que pide siempre sangre en sacrificio. La mujer del capitán, repudiada por su marido, hacía a Ruperto esta patética relación. Ruperto experimentó más enojo que temor, y apresuró a buscar una carta de la joven María entre el montón de epístolas que había colocado el criado cerca de él. Al leer las dos ó tres primeras cartas, su semblante se animó y brillaron sus ojos de placer y alegría; mas a la cuarta apagóse la sonrisa que había formado en sus labios, se contrajo su boca, arrugóse su frente, y rechazando vivamente el papel, mandó poner el tiro a su berlina, y subió a ella y partió hacia el pueblo donde residía María.

La joven había perdido de repente su felicidad y su vida desde el día en que dejó de recibir cartas de Ruperto. ¿Había Lindsay hecho traición a sus juramentos? ¿Era tan distraído que se olvidase de escribir a María? ¡Ay! Todos estos pensamientos eran igualmente crueles.

— ¿Está Vd. seguro de que no hay carta para mí? preguntaba cada día al encargado del correo, con una voz tan tierna, tan trémula, que este se sentía enternecido, y no sabía cómo responderle:

— Sí, señorita.

Y su mano temblaba al cerrar el postiguillo. Poco a poco perdió el apetito, palideció su tez, y se vidieron sus ojos; encerrada en su aposento sin lumbre, ocupada en leer y volver a leer los billetes del hombre a quien amaba, ó en confiar a numerosas é inútiles cartas toda la amargura de su alma, no pudo la niña soportar por más largo tiempo semejante suplicio. ¡Está enfermo, enfermo seguramente! y triunfando la ternura de su corazón de su rubor natural, reunió María sus efectos en un paquetito, y salió de la casa paterna muy de mañana, culpable en la realidad, pero más inocente en su pensamiento que la mayor parte de las mujeres orgullosas de su virtud. Había dado apenas algunos pasos, cuando hirió su oído una voz severa: era la de su hermano, a quien le costó muy poco conocer el motivo de esta salida tan de mañana, pues no había podido ocultarse a su penetración el amor de Ruperto para con su hermana. Su pecho no conocía la compasión, no porque fuese demasiado moral, sino porque el abuso de los placeres le había empedernido. La desgraciada niña, insultada por ese hombre tan inferior a ella, fué conducida de nuevo violentamente a la casa paterna, donde la esperaban los más duros tratamientos y la crueldad más bárbara. Encerráronla en su cuarto, y su hermano, triunfante por la vergüenza y la desesperación en que acababa de sumergir a su hermana, montó en su yegua parda y fué a hacer su deposición a Londres, ante el tribunal de los cinco jueces, destinados a vengar los ultrajes hechos a la moral pública. Imaginad el desconsuelo de María, a quien le habían quitado hasta la facultad de escribir. ¡Mas ay! no debía parar aquí su desgracia.

Efraim Warner tenía por compatriota, por coreligionario, a un tal Zacarías Johnson, el más rico, el más santo, el más extraño, el más fastidioso y el más avariento de esta tribu bendita del cielo. Todos sus vestidos estaban raídos; su voz gangosa no cantaba nunca sino salmos; su improvisación sagrada estaba tan llena de anatemas como vacío de caridad su corazón, y su mirar era falso, bizco y siniestro. Este venerable personaje había encontrado en María tres cosas que habían excitado en él el deseo de hacerla su compañera delante de Dios; primero la belleza, porque era sensual; segundo la paciencia, porque era malo; y en fin la fortuna, porque era codicioso. El santo varón se portó con tanta habilidad con Efraim y James, su hijo, que obtuvo su consentimiento. Según ellos, el de María era enteramente inútil, y según las ideas de su raza, la mujer, obediente como en los tiempos bíblicos, no tenía más que hacer sino sufrir el yugo de un señor. Nada más maravilloso que la hábil y profunda diplomacia que se hermana a menudo con la santidad. Cuando conversaba con el padre, le hablaba de su fortuna y de los medios que una mujer prudente puede poner en planta para aumentarla, y apoyaba su demanda con autoridades de los libros santos y retazos hebraicos. Con el hijo era un hombre de mundo, lleno de benevolencia y facilidad en el comercio.

— Sabía, decía él, que la juventud era amante de gastar, que la carne era imperiosa y tiránica en sus gustos é inclinaciones; y que él se tendría por muy feliz en socorrer, cuando se ofreciese la ocasión, a M. James Warner, y en adelantarle dinero, si lo necesitase.

M. James Warner no quiso malograr tan buena ocasión, vendió sus servicios a Johnson, y abrazó el partido de este último. En todas las familias se encuentra uno

que domina, cualquiera que sea; y muchas veces, por un fenómeno de que hemos sido testigos, el más joven y débil es el que la dirige, y el más viejo el que se deja conducir. En la de María, el patriarca era supersticioso y de un alma débil, y su hijo, enérgico y grosero, debía vencerle necesariamente. En las familias, lo mismo que en las sociedades, siempre prepondera la inteligencia más fuerte.

Desgraciadamente para la joven, la demanda de matrimonio hecha por Zacarías Johnson, y la seducción a que cedió fácilmente el hermano, coincidieron con la fuga de María y el descubrimiento de sus relaciones con Ruperto. James no dejó de aprovechar la ocasión que se presentaba de sacar partido a la vez de la cólera, el pesar, la ambición pecuniaria, el espíritu de secta y el fanático capricho de Ebenezer. Arrancó a este su consentimiento para el matrimonio, vencieron sus escrúpulos, y lograron amortiguar ó borrar sus sentimientos de ternura. En vano María lloró y se arrojó a los pies de su padre: atravesó con paso firme y ojo enjuto estas dolorosas escenas de familia, y el hermano fijó sin remordimiento el día en que debía consumarse el sacrificio de su hermana.

Los anales domésticos están llenos de estas barbaridades secretas y ocultas, que no tienen historiador y que excitan escasamente la compasión. ¡Cuántas familias perseveran todavía en este sistema, que, como toda tiranía, empieza por la opresión y termina por la miseria! María había apurado sus fuerzas en la lucha; era harto desvalida para prolongar una penosa resistencia, quedaron ahogadas sus súplicas é instancias, y se agotaron sus lágrimas: permaneció con el corazón rasgado bajo el peso de este dolor, sin esperanzas y sin recursos, sumergida en esa silenciosa agonía que nos fatiga como una pesadilla y nos encadena a nuestra desgracia, sin dejarnos siquiera el deseo y la fuerza de sacudirla. Sin embargo, tres días antes del que debía unirle para siempre a Zacarías, encontró proporción de escribir a Ruperto.

— Salvadme, le decía, yo no sé por qué medio, ni con qué objeto, pero salvadme, ángel mío y protector. No es esta declamación la de una niña novelada. Moriré ciertamente muy pronto, pero quisiera veros otra vez todavía; vos me habeis dado a conocer el precio de la vida. Venid a mi lado, enseñadme a morir. Desaparezca en vuestra presencia la amargura de la muerte. De todos los terrores de que me rodea mi destino, ninguno más horrible que el pensamiento de verme obligada a no veros, a no amaros más. Mi cabeza arde y mi mano está tan helada que puedo apenas asir la pluma. ¡Ruperto! ¡Ruperto! ¡El viernes próximo! ¡No olvideis este día! ¡Salvadme! ¡Salvadme!

Llegó el día fatal, sonó la hora del matrimonio, y Ruperto no vino. Estaban preparados ya los vestidos de boda; vistieron a la niña, y su mismo padre subió a su aposento para invitarla a que bajase al salón, donde había un corto número de convidados. El anciano Ebenezer abrazó a María, y viéndola tan pálida, tan desfigurada, se apoderó de él un recuerdo de ternura, su voz se suavizó y volvió a recobrar por un momento la dulzura y la benevolencia que había tenido por ella.

— Hija mía, le dijo, ¿no tienes ni una sola palabra para tu padre?

Agitáronse sus labios algún tiempo, y después de muchos esfuerzos, pronunció por fin estas palabras:

— ¿Es ya demasiado tarde, padre mío? ¿Puede usted salvarme aun?

Brillaba en los ojos del padre un destello de humanidad, de piedad y de amor, é iba quizás a revocar la sentencia y a salvar a su hija. James vio el peligro, corrió a socorrer a su cómplice, y con una sola mirada, con solo fruncir las cejas, impuso silencio a los gemidos del amor paternal. La niña observó esta escena muda, y vio que estaba perdida.

— ¡Que Dios os perdone! exclamó con voz trémula. Y descendió la escalera con paso vacilante.

El aposento donde iba a consumarse el sacrificio, y que se había condecorado con el título de salón que estaba muy lejos de merecer, era oscuro y estrecho. Estaban sentadas a una mesita de caoba dos mujeres santas, de sesenta años, vírgenes fósiles, por decirlo así, corazones de mármol, derechas y tiesas de aspecto y movimiento, marchitas y endurecidas bajo el soplo de la superstición y el egoísmo. Salieron estos dos esqueletos al encuentro de la niña, apoyaron sus labios helados sobre la frente de María, y volvieron gravemente a sus asientos, después de haber pronunciado no sé qué palabras sordas que ellas llamaron bendiciones. Nadie hubiera asistido sin temblar de miedo a esta extraña escena: todos aquellos personajes mudos y sombríos reunidos para una boda en un lugar casi fúnebre, aquella niña moribunda abrazada por dos cadáveres, y recibiendo sin conmoción aquel saludo de la tumba, presentaba un espectáculo singular que solo puede ofrecer la Inglaterra y la secta de que hablamos. Cerca de una pequeña chimenea llena de leña encendida, veíase una gran figura larga, con muy ricos vestidos, y que hacía un extraño contraste con la tristeza de la escena; este era el novio, personaje grotesco por la disonancia de su vestido de fiesta y su gravedad natural. Cuando entró la niña en el aposento, sonrióse con un cumplimento desagradable, que no sé cómo describir; brillaron sus ojos medio cerrados; sus miembros sin elasticidad probaron de desanudarse, por decirlo así; arregló con todo esmero los dos faldones de su chaleco, se doblegó solemnemente y se sentó. Veíase delante de él un vástago de la misma secta, niño de doce años, con cabellos de un rubio soso, que tenía un pedazo de empanada en

la mano, y paseaba sobre los asistentes una mirada que las prácticas religiosas de su primera infancia habían despojado ya de juventud y de vida.

En el alfeizar de una ventana veíase en pie un militar, con los brazos cruzados, el aire distraído y el rostro pálido, pensativo y doloroso. Era un hombre de unos cuarenta años, quien, al acercarse María, fijó en ella la mirada más atenta y penetrante, la saludó con mucho interés y respeto, y se volvió a su puesto, murmurando algunas palabras que parecían dirigidas, no a los que le rodeaban, sino a sí mismo: llamábase Monkton, y acababa de renovar sus relaciones con la familia Warner, desde que supiera que Ruperto, seductor de la niña, había dado al través con su proyecto. Mis lectores reconocerán ya en él al irlandés cuya esposa se había comprometido tan gravemente en una intriga con Ruperto. Este hombre había tenido el capricho, muy irlandés, de asistir a la boda de María, la que le inspiraba un interés singular: veía en ella su compañera de infortunio, otra víctima del hombre contra quien alimentaba el odio más ardiente.

Tal era la reunión. Jamás día de bodas tuvo un aspecto más triste. Jamás convidados presentaron una fisonomía más amenazadora.

— Hermanos míos (dijo el patriarca con el tono gangoso y apagado que afectan los hombres de esta raza, y cuyos acentos volvía más sombríos todavía la conmoción que le agitaba), busquemos algún recurso en el maná celeste, en la palabra de Dios.

Tomó con su mano descarnada de un estante de una biblioteca una antigua Biblia, usada por sus abuelos. Arrodillóse toda la reunión simultáneamente como por un movimiento maquinal é involuntario. Después de la lectura, que fué escuchada con un profundo y religioso silencio, el padre improvisó su discurso, según la costumbre de los anabaptistas, dejándose arrastrar por su inspiración. Pidió perdón para su hija, sobre la cual, decía, el ángel malo había osado algún tiempo descargar su influjo. Volvió la vista hacia Monkton, abandonado por su mujer; y herido de esta situación que le conmovía, empezó una fervorosa plegaria, en la que imploraba el mismo socorro y la misma misericordia para él.

— El mismo monstruo ha ajado su dicha: el mismo hombre que el demonio había elegido por instrumento de sus designios sobre mi hija, ha anatematizado su vida. ¡Dios eterno! haz penetrar hasta su corazón tu soplo consolador; vuélvele, como a la mujer pecadora, la paz de la existencia y la inocencia del alma. Renazca para ellos del seno de la desgracia una vida más feliz y más pura; sepa perdonar él, y arrepentirse ella. ¡Dios eterno! derrama los tesoros de tu gracia sobre esta casa donde no resuenan los acentos de la alegría, donde los corazones están tristes, donde un día de bodas parece un día de luto.

Monkton, intrépido militar, cuyo espíritu era muy limitado, pero entusiasta, no pudo contener sus lágrimas. Reinó un largo y profundo silencio, porque se sentían todos conmovidos. María se volvió a sentar sin pronunciar una palabra, y Monkton, con los ojos húmedos de lágrimas, abrió la ventana para respirar con más libertad. En esto se acordó James Warner de su promesa, y suavizando un poco su voz, naturalmente destemplada:

— Padre, dijo, creo que es tiempo ya de partir; oigo el ruido de los coches que vienen a buscarnos.

Oíanse en efecto pisadas de caballos, y una berlina se detuvo ante la casa de Ebenezer: levantáronse todos, y hasta María corrió a la ventana, y se inflamó súbitamente su frente pálida. Habían abierto la puerta de la entrada, y se oía el rumor de pasos que subían rápidamente la escalera. Ruperto entró, ó más bien se precipitó en la sala, pálido, trémulo, y tan demudado, que nadie sino María podía haberle conocido.

— ¡Alabado sea Dios! exclamó, ¡he llegado a tiempo!

Luego, estrechando a María entre sus brazos, y contemplando con ojo altivo a todas las personas que le rodeaban, volvió sus miradas, llenas de amor y compasión, sobre la pobre niña.

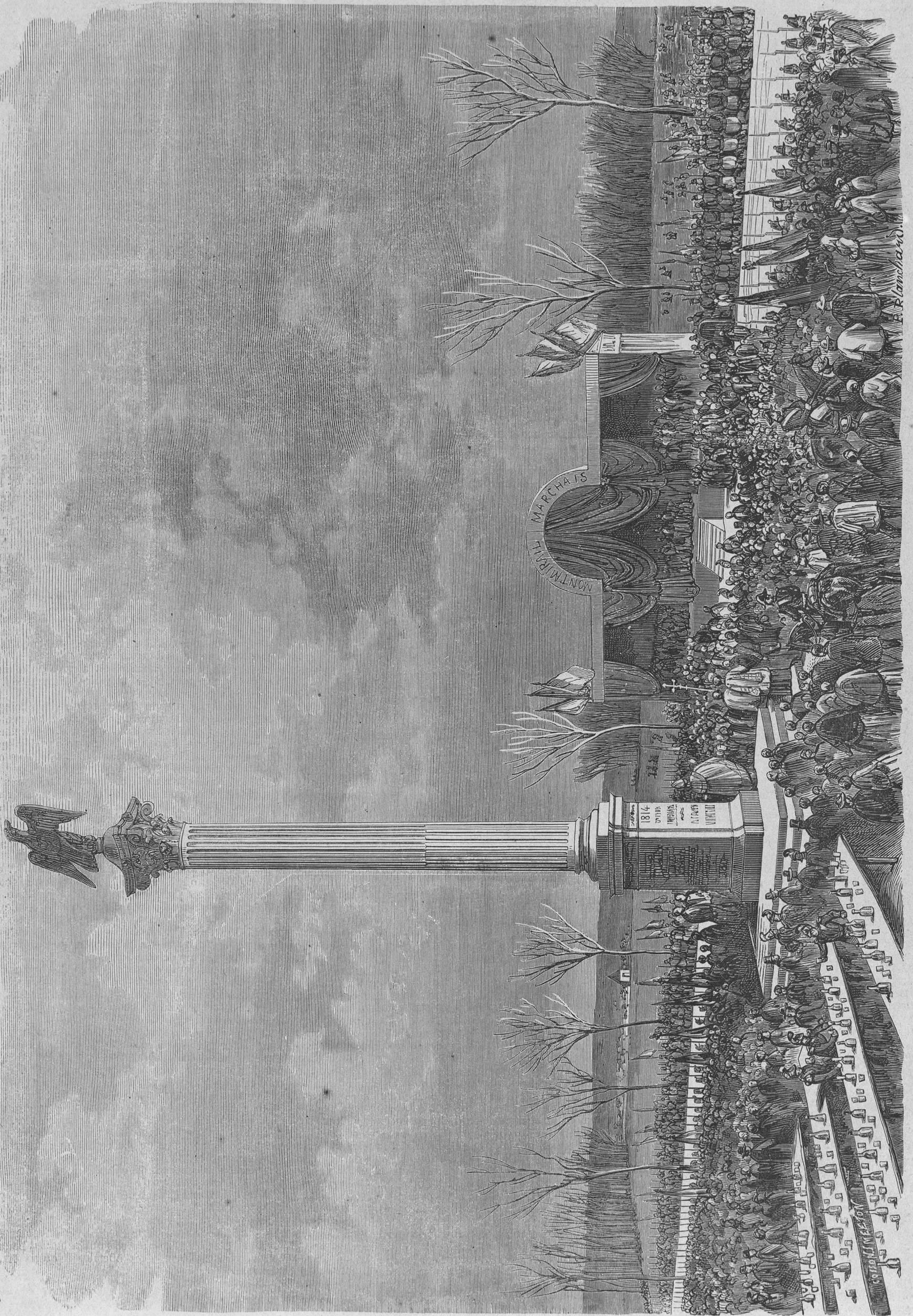
— Señor, dijo a Ebenezer, vengo a reparar los males que os he hecho. ¿Cuáles son los derechos del que daís por esposo a vuestra hija? ¿Los habeis comparado a los míos? ¿Es rico? Pues bien; mi fortuna es mayor que la suya. ¿La ama? Pues bien; yo la amo mil veces más de lo que puede amarla. ¿Le ama ella? Mirad estas pálidas mejillas, esta frente descolorida, este ojo sin brillo, esta desesperación escrita en las facciones de la niña; escuchadla, apenas puede pronunciar sin terror el nombre del que le daís por marido. ¿Me ama a mí? Responded, vos que sois su padre, respondió, vos que sois su hermano; ¿no lo sabeis? ¡Y que Dios me abandone para siempre si no merezco el amor que ella me tiene! ¡Sea mi mujer! No pronuncieis, ¡en nombre del cielo! un divorcio que el cielo no os perdonaría jamás; os lo suplicamos entrambos de rodillas.

— ¡Lejos de mí, profanador! exclamó el novio Zacarías.

— ¡Lejos de nosotros! repitió el padre.

En cuanto a las viejas señoritas, todos sus anatemas se concentraban en sus miradas, que hubieran anonadado a Ruperto, si hubiesen podido comunicarle el magnetismo de su voluntad. Solo un hombre callaba, y este era Monkton, que, apoyado siempre en la ventana é inmóvil, parecía estar jugando con el cuchillo con mango de ébano que había servido para cortar la empanada del niño. Desde el momento en que había aparecido Ruperto en el salón, el oficial irlandés le había reconocido; sin embargo, no se había movido de su si-





Inauguración del monumento conmemorativo de la batalla de Montmirail, el 11 de febre: o.

**Inauguracion**

DEL MONUMENTO DE MONTMIRAIL.

La batalla de Champaubert tenia su monumento conmemorativo, y la de Montmirail tiene hoy el suyo igualmente; glorioso y patriótico recuerdo de aquella inmortal campaña en que Napoleon I renovó en Francia los prodigios de la campaña de Italia. El emperador salió de Paris el 25 de enero de 1814, y dos dias despues, llegado á Saint-Dizier, comen-zó con cincuenta mil hombres contra doscientos cincuenta mil enemigos, aquella série de combates en los que se llevaba siempre la victoria. Champaubert, Montmirail, Marchais, Chateau-Thierry, Vauchamp y Montereau, hicieron creer á los aliados que el suelo francés se tragaria hasta el último de los extranjeros que le habian invadido.

El 11 de febrero último hacia cincuenta y tres años que el ejército francés en retirada sobre Paris, derrotaba á los aliados en las llanuras de Montmirail. Las poblaciones del Aisne, del Marne y de Sena y Marne, se habian dado cita para asistir á la inauguracion del monumento elevado en el sitio mismo en que estuvo el emperador durante la batalla.

El monumento, que verán nuestros lectores en este número, representa una alta columna de orden corintio de 18 metros de altura, de hermosa piedra blanca, y elevada sobre una plataforma con cuatro gradas. Sobre la columna hay un águila de oro. Por el lado Norte se lee: 15 de agosto de 1866. Este monumento ha sido erigido por orden del emperador Napoleon III. Desde este sitio Napoleon I mandaba su ejército el 11 de febrero de 1814.

En el lado Sur: 11 de febrero 1814. Montmirail, Marchais.

En el lado Este: 10 de febrero. Champaubert. 14 de febrero. Vauchamp.

En el lado Oeste: Los Quaquerets, Nesle, Chateau-Thierry.

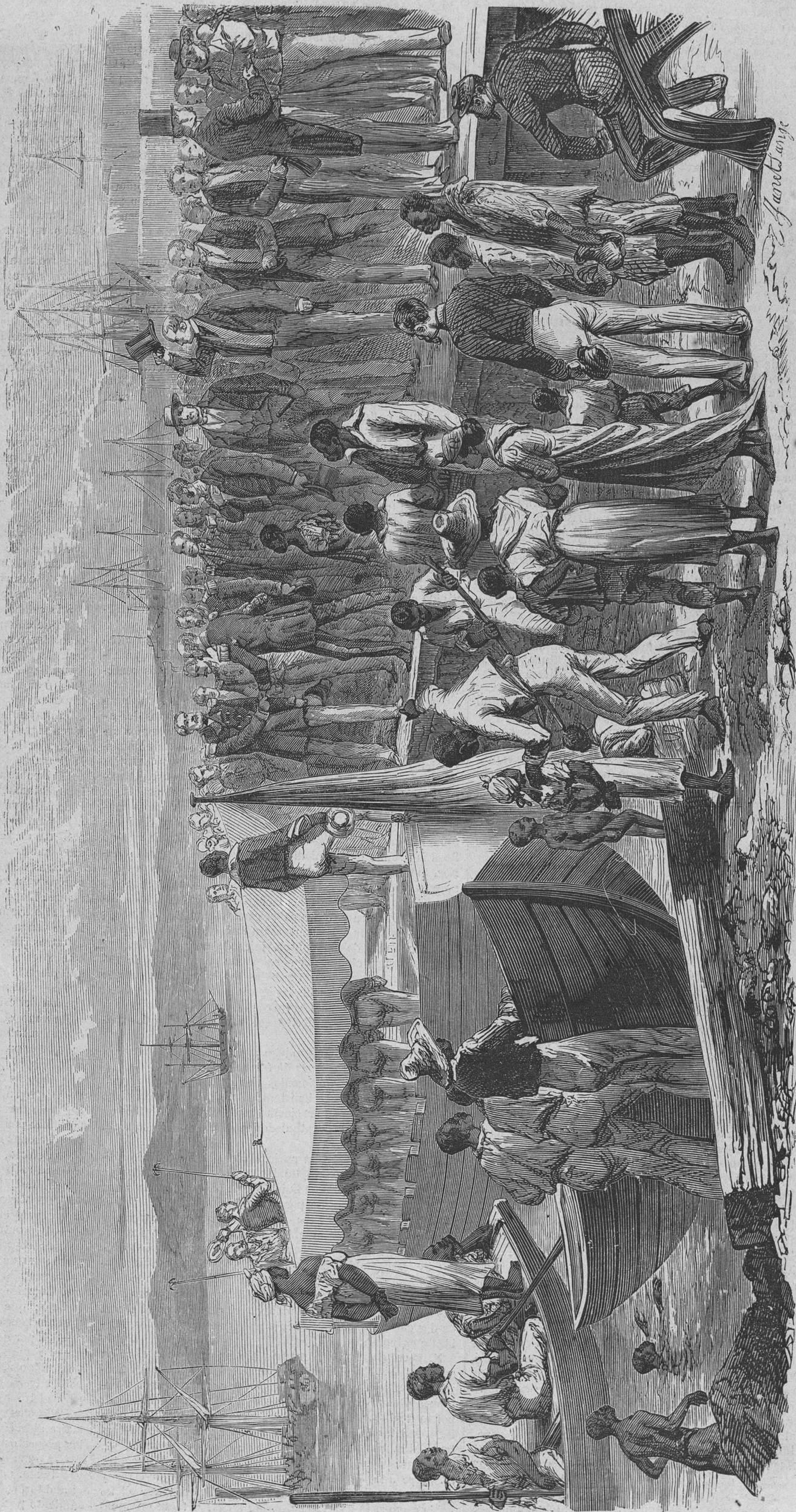
El monumento ha sido costeado con el producto de una suscripcion nacional.

El conde de Nieuwerkerke, senador, superintendente de Bellas-artes y consejero general del Aisne, fué designado por el emperador para que presidiera la ceremonia. Desde por la mañana los guardias nacionales de todas las cercanias se hallaban acampados en torno del monumento, que estaba guardado por cuatrocientos hombres de tropa.

A las doce del dia comenzó la ceremonia. M. de Nieuwerkerke, recibido por los prefectos del Aisne y del Marne, MM. Ferrand y Amelin, tomó asiento en el estrado y pronunció un discurso aplaudido repetidas veces. Despues de su patriótica alocucion, M. de Nieuwerkerke entregó á M. Morsaline, arquitecto del monumento, una gran medalla de oro, y otorgó una recompensa á un anciano militar llamado Marchand, caballero de la Legion de Honor, herido en Marchais en 1814. Toda la asamblea prorumpió en aplausos cuando M. de Nieuwerkerke abrazó á este venerable anciano de edad de ochenta años, y que aun se tiene derecho con aire marcial. Luego M. Ferrand, prefecto del Aisne, y el señor obispo de Soissons, tomaron la palabra. El señor obispo, de pié en el zócalo de la columna, dió su bendicion. *Te Deum*, músicas, fuegos artificiales, nada faltó en esta fiesta, ni siquiera, despues de la lluvia de la vispera, un sol que se reflejaba en las armas de los soldados.

Todos los destacamentos desfilaron sucesivamente delante del estrado oficial, en donde estaban M. Perier, diputado del Marne, M. Tillamoust, diputado del Aisne, el baron Saulnier, todos los consejeros generales de distrito, y los alcaldes de mas de cincuenta pueblos.

El cortejo se puso en marcha para Montmirail á las tres de la tarde. Montmirail desaparecia bajo la ver-



Embarco del conde Lape'in, gobernador de la Martinica.



y en la de su padre, si hubiese podido consumir los cuatro asesinatos que habia proyectado.

Antes de cometer el asesinato, Lemaire hizo un reparto de libros entre varias personas de su conocimiento; dió el *Robinson Crusoe*, el *Memorial de Santa Elena*, etc., y dice que este fué en cierto modo su testamento.

Después de contar minuciosamente los pormenores del asesinato, añade que en la lucha la desdichada mujer consiguió llegar á la puerta, *de cuyo modo voló el pájaro*.

¡Asesinar y robar! tal era el programa de este hombre.

— ¿Y por qué no? exclama con su cínica desvergüenza. ¡Cuesta lo mismo! Por lo que hace al remordimiento, no sé lo que es; lo único que siento, es no haber podido matar á todos los que queria. Mi dicha habria llegado al colmo, si mi venganza hubiese sido completa.

— ¿Y no habeis pensado tambien que todo eso os costaria la vida? pregunta el presidente.

— Sí, por cierto, responde Lemaire; sé que me espera el cadalso, y subiré á él tranquilamente. Mas digo: si me fuera posible volver á empezar, repetiría lo hecho, aunque tendria cuidado de tomar mejor mis medidas.

El interrogatorio de los testigos no ofrece interés particular; pero en cambio le ofrece muy especialísimo la defensa del procesado. En el momento en que su abogado, M. de Verdieres, se levanta para defenderle, Lemaire le detiene con un ademán, y dice que él sabrá decir lo que hace al caso.

Lemaire se defiende á su modo, y todo su sistema consiste en cargar á su padre con la responsabilidad de sus malas acciones desde que se halla en el mundo. Teoría tan atroz como injusta; pero lo cierto es que tanto el auditorio como el foro, los jurados y los jueces, admiran la facilidad con que maneja la palabra. Dice que ha ejercido una gran venganza, y que la sociedad á su vez se vengará sobre él, pues habiendo sido su causa muy ruidosa, se necesita el ruido de una expiación solemne. Suplica á los jurados que no le concedan el beneficio de las circunstancias atenuantes; que no le envíen á presidio, porque aborrece el trabajo, y preferiria dejarse morir de hambre. En suma, lo que desea es el cadalso. «El cadalso, dice, es la piedra de toque de la fanfarroheria; veremos si yo temblaré cuando le tenga delante.»

Su deseo se cumplió: sobre el veredicto del jurado, el presidente pronunció, en medio de un profundo silencio, una sentencia que condena á Lemaire á la pena de muerte.

— No apelaré por cierto, dijo Lemaire; doy gracias al tribunal y al jurado.

Y al hablar así, daba muestras de la mayor alegría.

¿No es una figura digna de un primer puesto en los anales del crimen?

Después de este drama de la vida real, las ficciones teatrales serian muy pálidas, y así es que concluimos aquí, dejando para la próxima semana nuestra revista de los teatros parisienses.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

### El viejo.

Vecino al sepulcro helado  
Que pide ya mis despojos,  
¿Por qué con afán mis ojos  
Se tornan á lo pasado?

Mas al cruzar los umbrales  
Donde la otra vida empieza,  
¿Quién no vuelve la cabeza  
Dando adioses eternos?

Soy viajero que me ausento,  
Soy llamado y me apresuro,  
Me enamora el bien futuro,  
Me detiene el sentimiento.

Ni ¿quién hay que me condene  
Por la lucha que eso arguye,  
Si es la vida que concluye  
Condición de la que viene?

Santas de ambas son las horas,  
Pues de Dios las dos son hijas,  
¿Alma mía, no te aflijas  
Si á una aspiras y otra lloras!

Vuele pues mi libre mente,  
Sin amargas ligaduras,  
Por las verdes espesuras  
De mi edad mas floreciente.

¿Cómo entonces, al hervor  
De esta sangre, hoy ya sin fuego,

Risa, amores, bulla y juego  
Contemplaba en derredor!

Ayer miré en el cristal  
De mi semblante el traslado,  
¿Dónde está, dije apenado,  
Su limpidez matinal?

Ojos que veis mis quebrantos,  
Rendidos ya de fatiga,  
¿Quereis que os hable y os diga  
Vuestros antiguos encantos?

Ojos hoy turbios y presos  
Entre párpados dormidos,  
Vosotros fuisteis los nidos  
De mil maternales besos.

¿Ah, ingratos! ¿qué se os quedó  
De tantos como tomásteis?  
Vosotros no los guardásteis,  
Pero los recuerdo yo.

¿Pobres ojos! desde aquellos  
Halagos sin interés,  
Pocos han sido después  
Los que habeis visto tan bellos.

¿Pero no! si afectos tales  
Sabe una madre abrigar,  
¿Por qué negar que hay al par  
Otros amores leales?

Quédese á la lengua vil  
Dudar de humanas noblezas;  
¿Quién no halló santas bellezas  
En el amor femenil?

¡Aurora, Inés, Leonor,  
De mi juventud luceros!  
¿Por qué desde luego al veros  
No aprecié vuestro valor?

¿Por qué motivo, por qué,  
De mi edad desde el retiro,  
Con luz y verdad os miro  
Que entonces nunca alcancé?

Yo me extasié en vuestros ojos,  
Yo contemplé vuestros rizos,  
Yo percibí los hechizos  
De vuestros dulces sonrojos.

Yo escuché el casto metal  
De vuestro infantil acento,  
Yo sentí de vuestro aliento  
El perfume virginal.

Yo, empero entonces ¿qué fui  
Para estar del alma ciego?  
Tan solo ausente y muy luego  
Vuestra bondad aprendí.

¿Corazon! tu suerte es triste,  
Pues buscando humanos bienes,  
Desconoces los que tienes,  
Pero no los que perdiste.

Ni ¿cómo has de hallar ventura  
Si es menester, por tu mal,  
Que se te aleje la actual  
Para apreciar su hermosura?

¿Aurora, Inés, Leonor!  
Vuestro amor dejé sin pena  
Y hoy de lágrimas me llena  
La memoria de ese amor.

Hoy ya, sí, pero en el vuelo  
De la juventud ansiosa,  
¿Quién se fija en una rosa  
Viendo tantas por el suelo?

Y ¡ay! no importa á tal edad  
Que la loca fantasía

Multiplique en su porfía  
Su conjunto y calidad.

¿Qué quita á nuestro contento  
La no existencia de un bien,  
Si real los ojos le ven  
Al fingirle el pensamiento?

¡Bellos años! al abrigo  
De vuestro hábito abrasado,  
¿Qué tristeza ó qué cuidado  
Se asoció jamás conmigo?

Sumergido en gloria tanta  
Siempre usé con ansia loca,  
Para la risa, la boca,  
Para cantar, la garganta.

Fuerte el brazo alzaba el peso,  
Vivo el ojo amor vibraba,  
Sano el pecho se ensanchaba  
De su dicha en el exceso.

¿Breve edad que alegre brilla!  
¿Por qué negó á tus primores,  
La razón sus resplandores,  
La conciencia su semilla?

Mas si es ley que algo te falte,  
Pues Dios solo es gala suma,  
¿Quién habrá que en tí presume  
La corona de ese esmalte?

Caen las flores en la rama  
Y á brotar el fruto empieza,  
Caen las nuestras con presteza  
Cuando el juicio alza su llama.

¿Por qué pues sentir dolor  
Por la juventud perdida,  
Si al menguar el cuerpo en vida  
Logra el alma su vigor?

Ruede al polvo entre desmayos  
Esta máquina terrena,  
Si al quebrar esa cadena  
Cobra aquella nuevos rayos.

¿Queda adios, vieja morada  
Del alto espíritu mio;  
No olvido, aunque me desvío,  
Tu hospitalidad pasada.

Siempre guardaré memorias  
De nuestra acabada union;  
Mas ya pide otra mansion  
Quien necesita otras glorias.

¡Adios, adios! de mi acento  
El postrer saludo escucha,  
Mi angustia al dejarle es mucha,  
Mas soy llamado y me ausento.

¿Adios vida, adios placeres!  
¿Adios campos, adios prados!  
¿Adios amigos amados!  
¿Adios amadas mujeres!

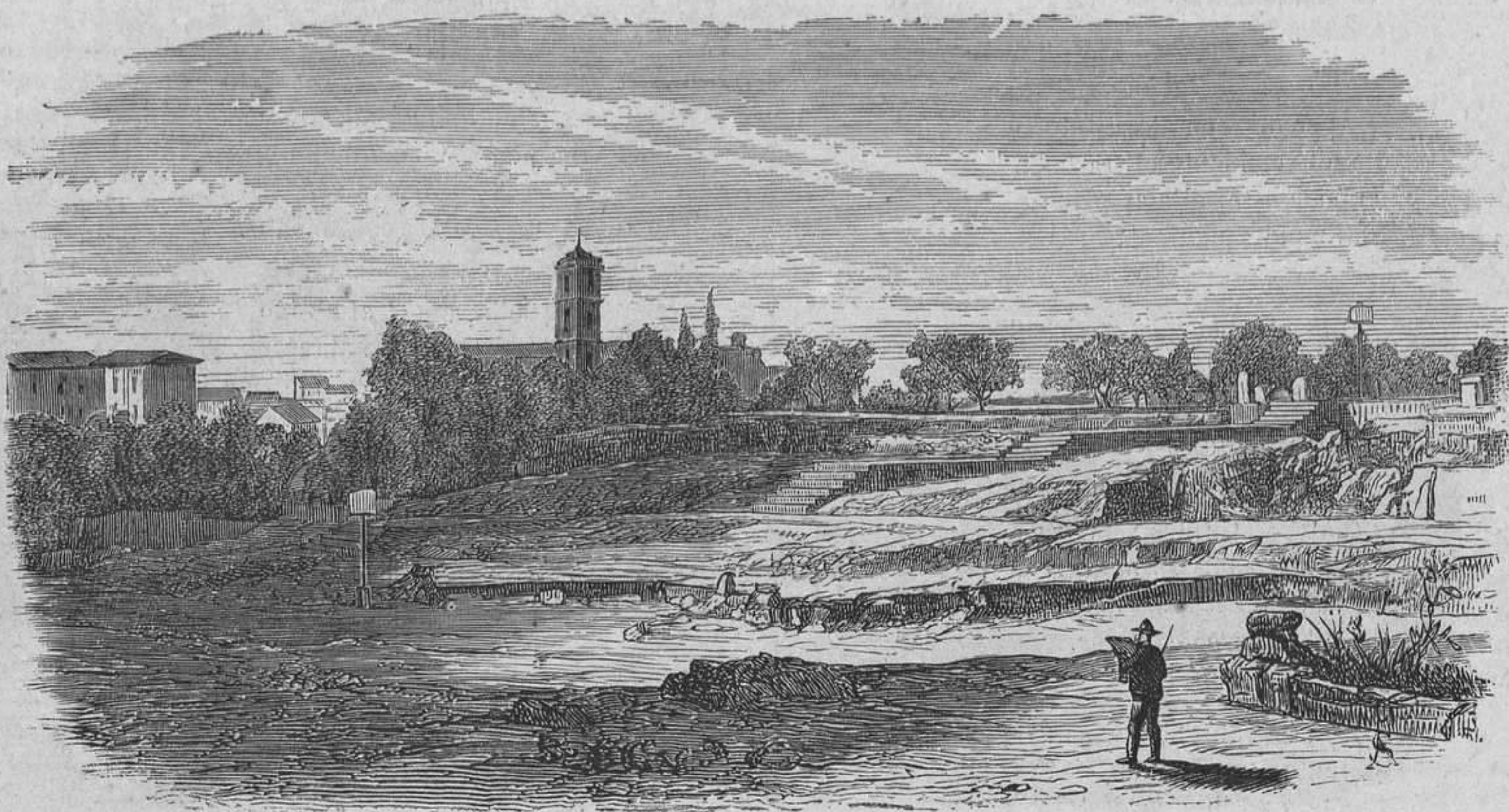
¿Adios goces y aflicciones!  
¿Adios mundano esplendor!  
¿Voy á otra vida mejor,  
Recibid mis bendiciones!

JUAN ALONSO Y EGUILAZ.

## El palacio de los Césares en Roma.

### I.

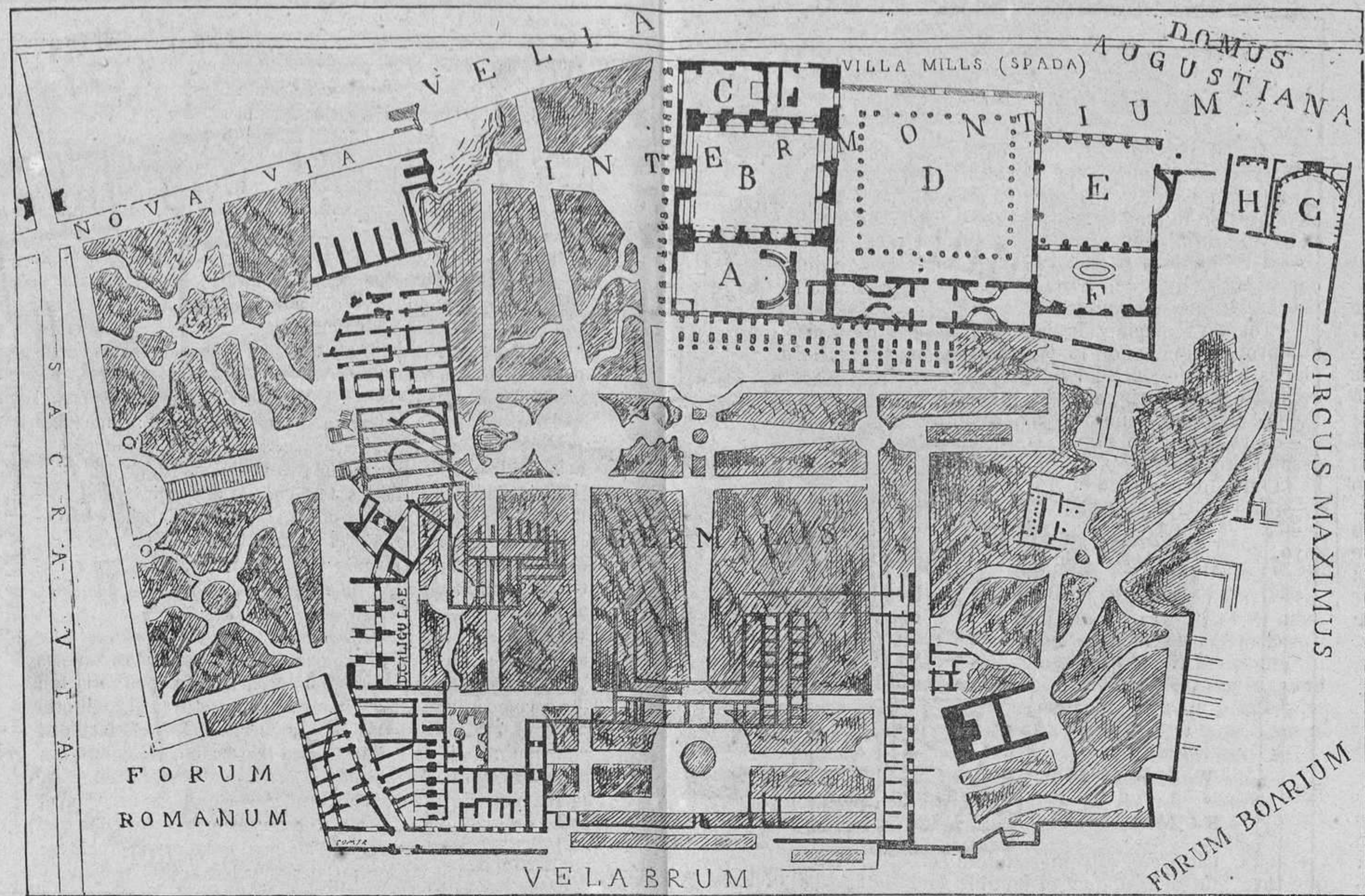
No es posible escribir sobre el palacio de los Césares sin entrar en el dominio de la poesía. ¿Es que la vista de estas ruinas nos conmueve, ó es que el peso de los recuerdos nos inclina á las ideas poéticas? El monte Palatino se cuenta entre esos lugares en que la verdad, para aparecerse á nosotros, toma la forma de un



El templo de la Victoria.



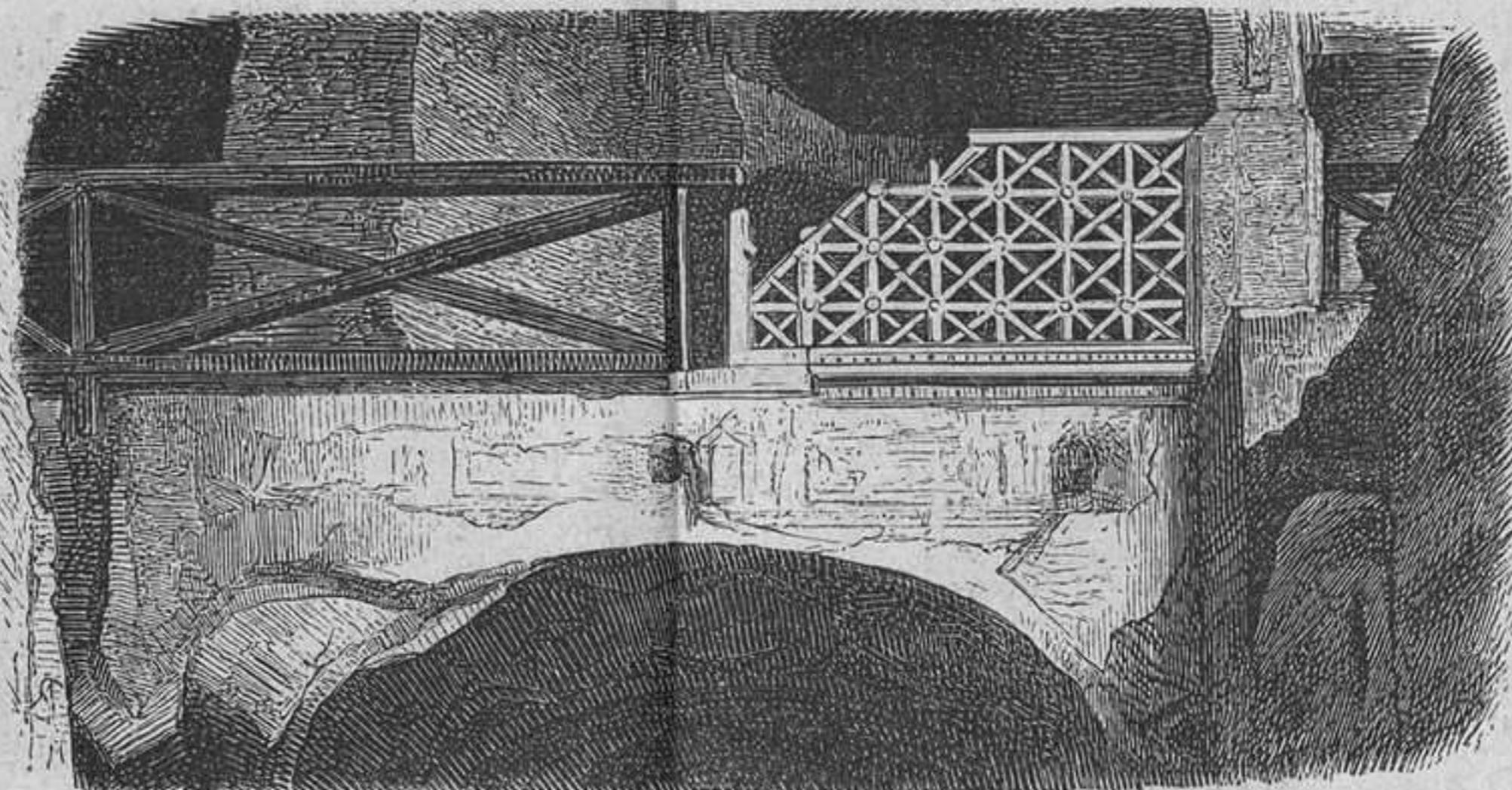
El palacio de Tiberio.



Plano de las excavaciones del palacio de los Césares en Roma.

sueño, y en que la historia se confunde á menudo con lo maravilloso.

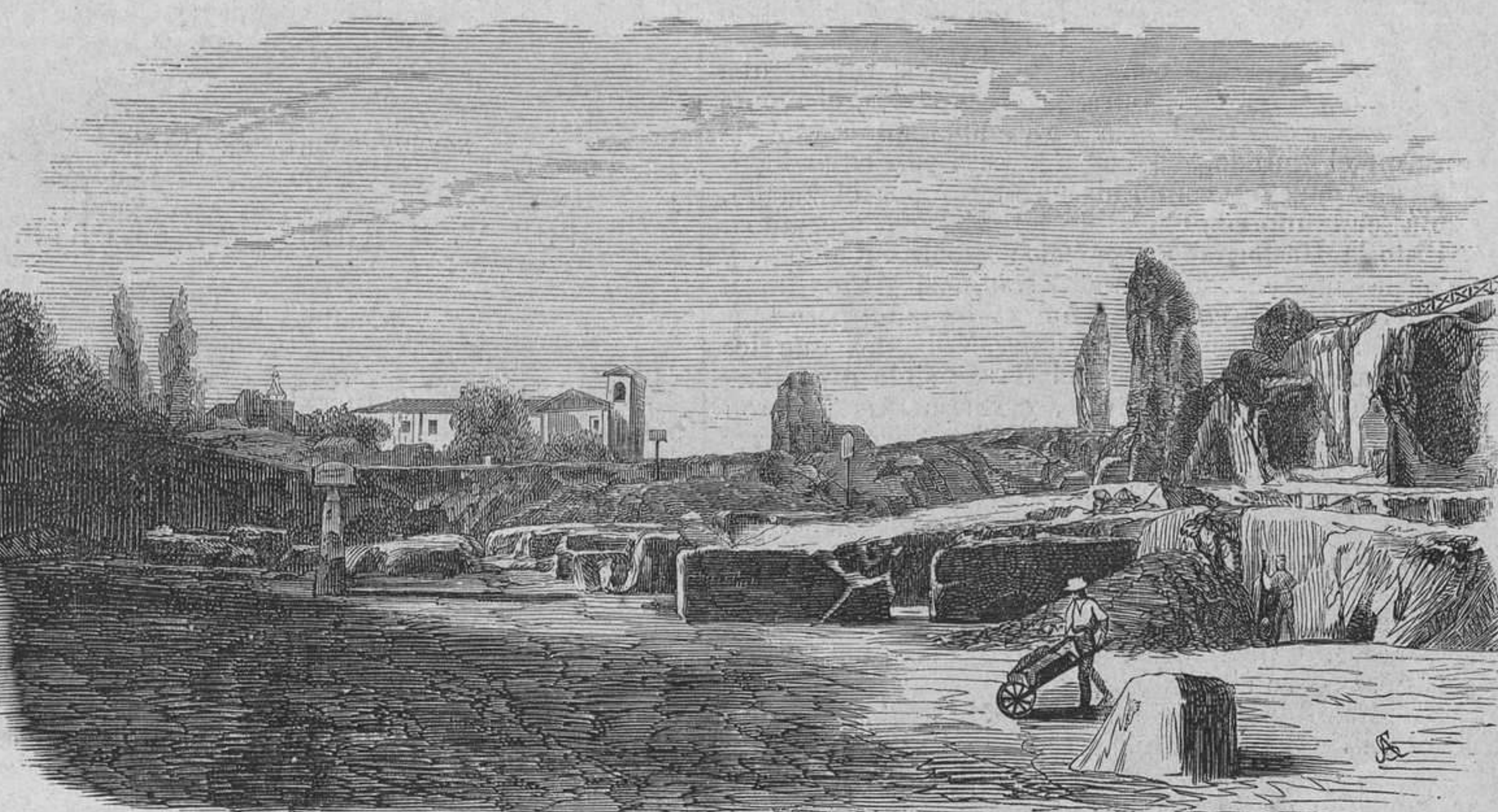
Los antiguos debieron sentir también la influencia de este encanto invencible. Para los romanos el monte Palatino era mas todavía que el centro del imperio; era la cuna de su grandeza. Todas las reliquias de lo pasado se conservaban allí como en un estuche. La caverna y la escalera de *Caco* recordaban la visita de *Hércules*; el *Lupercal* era la madriguera de la loba. ¿Qué diremos del



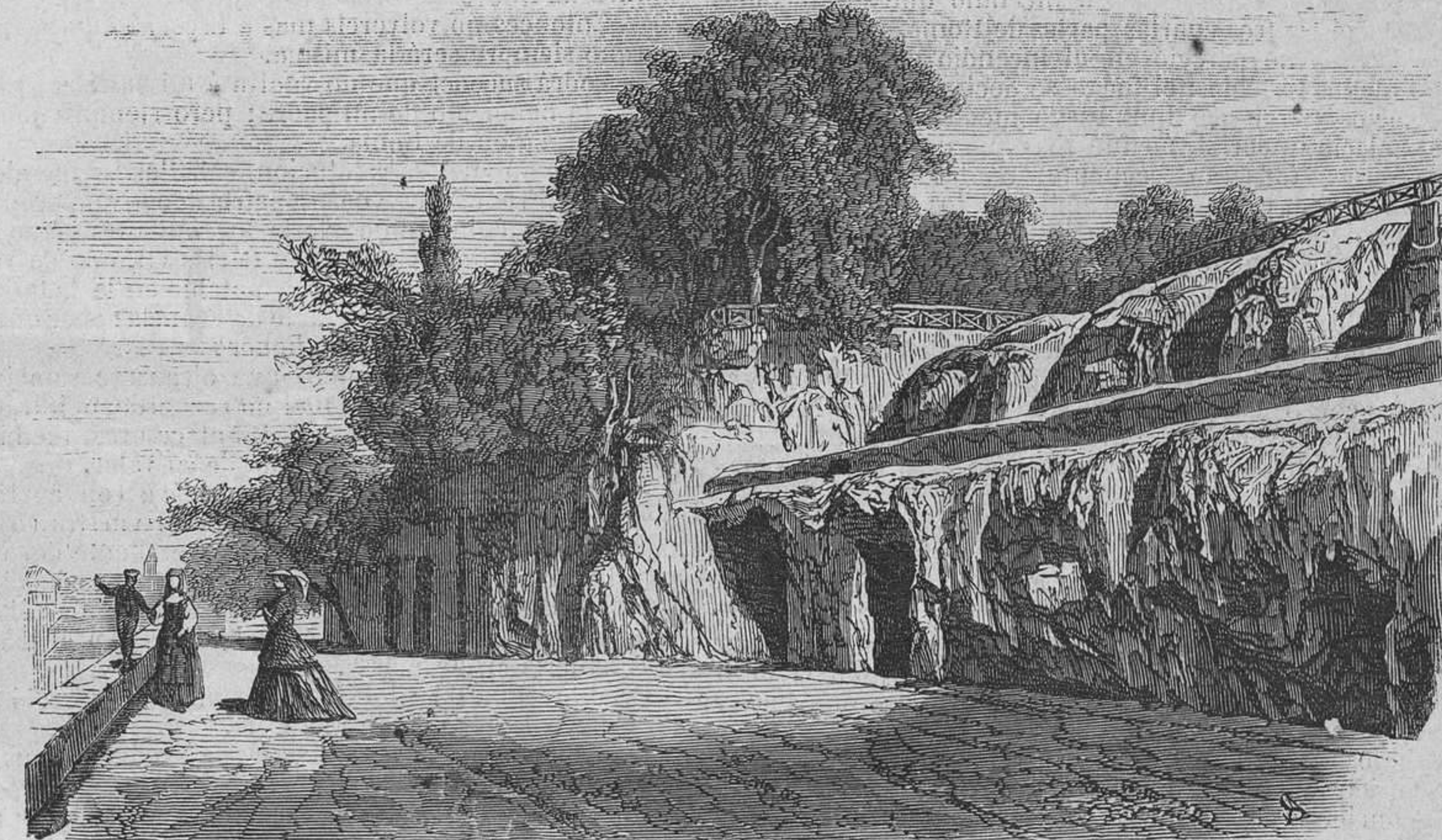
Puente del palacio de Caligula.

establo del pastor que recogió á los gemelos, de la sepultura de *Acca*, su madre de adopción, de la choza de *Rómulo* con el ceceo que plantó el primer rey clavando su lanza en la tierra?

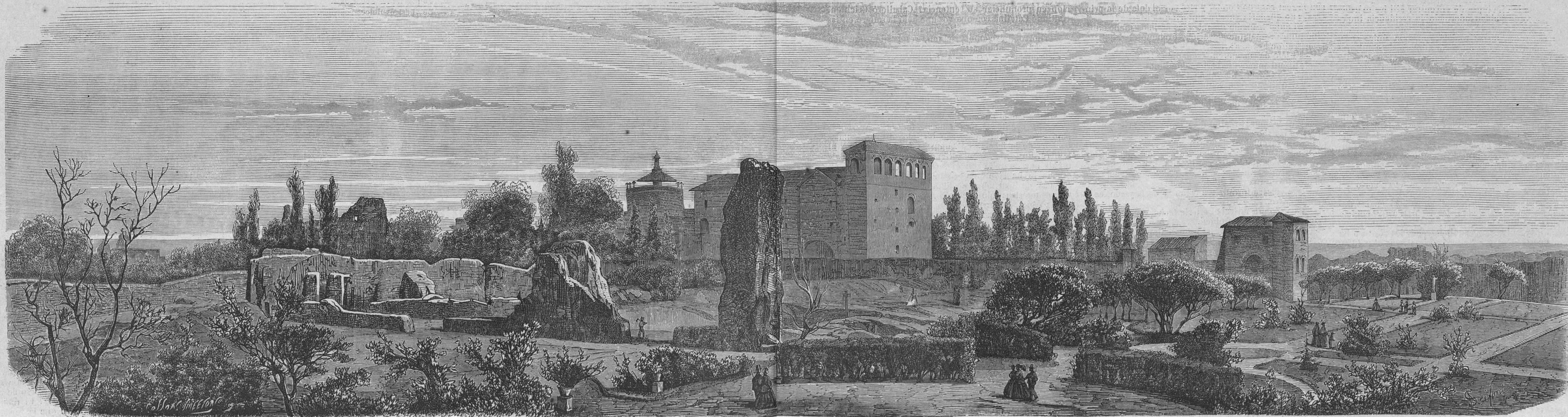
Hoy la crítica histórica no se ocupa ya de estos recuerdos fabulosos. La antigua Roma cuadrada pereció cuando la invasión de los galos, y si se han podido restablecer algunos monumentos, tenemos pruebas ciertas de que la segunda cabaña de *Rómu-*



La puerta *Mugonia* y el templo de *Júpiter Stator*.



El palacio de Caligula.



Vista general de las excavaciones por el lado del Norte.



lo fué consumida por el incendio del año 742 (12 años antes de nuestra era).

La ciencia actual se contenta con hacer revivir una época menos remota. Durante cinco siglos, el monte Palatino sirvió de residencia á los emperadores que civilizaron el mundo. La humilde casa particular habitada por Augusto y comprada mas tarde por el Estado, vino á ser la morada oficial de los soberanos de Roma. Augusto la trasformó en palacio; Tiberio, Calígula y Neron la ensancharon en todos sentidos, y muy luego la superficie de la colina nó fué ya bastante para tantas y tan fastuosas construcciones. Sabemos que los emperadores del segundo y del tercer siglo aumentaron el número de los edificios, y varias alas llevaron los nombres de Cómodo y de Alejandro Severo. Trazar el plano de este magnífico conjunto ha sido el sueño de oro de los anticuarios desde el renacimiento de las letras.

Pero diríase que las dificultades se multiplican á medida que tienden á desaparecer; y aun es de presumir que á menos que no se hagan descubrimientos inesperados, nunca poseeremos mas que una noticia defectuosa sobre el palacio de los Césares.

Y es imposible que deje de ser así. Los datos que hallamos en los textos antiguos son tan insignificantes y tan vagos, que para aplicarlos se necesitaria ya tener conocimiento de los detalles que se buscan. Luego el palacio fué reconstruido completamente repetidas veces.

Desde el año 64 de nuestra era, bajo el reinado de Neron, toda la region del monte Palatino fué reducida á cenizas en aquel inmenso incendio que en seis dias destruyó las tres cuartas partes de Roma. La residencia de Domicio no perció en el incendio de 191, desastre no menos terrible: el fuego se declaró en los bazares egipcios y árabes, y muy luego media ciudad, incluso el palacio imperial, no fué mas que un monton de escombros. Nada tan frecuente, en las crónicas de la edad media, como los incendios y los terremotos. La ruina de la mayor parte de los monumentos de la ciudad eterna tiene origen en el gran terremoto de 1349.

A esto debemos añadir la frecuente necesidad que habia de derribar paredes que amenazaban desplomarse; el prodigioso número de iglesias, conventos, capillas, hospitales y edificios públicos levantados con materiales de las construcciones antiguas; los palacios de la época imperial convertidos en alcázares por la nobleza rebelde y demolidos implacablemente en 1258 por el senador Brancaleone...

La lista es larga, pero así llegaremos á una justa apreciación de lo poco que se ha podido conservar de tantos esplendores. A esto se me responderá: Si las casas caen, los cimientos están al abrigo de toda vicisitud; ¿por qué los arquitectos del tercer siglo no se habrían contentado con tales bases? Lo sé muy bien; pero apoyarse en una suposición, por ingeniosa que pueda ser, para precisar la fecha de tal ó cual ruina, indicar en ese laberinto de reconstrucciones esta ó la otra mansión, es abusar mucho, á nuestro juicio, de las atribuciones de la ciencia.

En el siglo último las ruinas del monte Palatino llamaron repetidas veces la atención de los arqueólogos.

De 1720 á 1724 se hicieron algunas excavaciones por orden del príncipe Francisco Farnesio, lisonjeándose entonces con la esperanza de encontrar allí los mármoles antiguos que habian adornado la residencia imperial.

Esta esperanza no se realizó, pues la única cosecha que obtuvieron fué un corto número de esculturas de un interés contestable. En cambio lograron despejar las subterráneas de tres salas (A, B, C, de nuestro plano), que los sabios han calificado implacablemente con el nombre de Biblioteca palatina. El astrónomo Bianchini ha dado una descripción de ellas en una obra póstuma impresa á expensas de Luis XV.

Aprovecho esta ocasion para refutar el error en que se está comunmente de que las famosas estatuas de la colección Farnesio han salido de las excavaciones del Palatino. No es así. Las principales piezas de este museo provienen de las termas de Antonino y de Caracalla; mas aun: de todos los monumentos reunidos por el cardenal Alejandro Farnesio, sobrino de Pablo III, no conozco *ya ninguno* que haya sido descubierto en los jardines de esta familia.

En 1775 el abate Rancoureuil descubrió en las dependencias de la villa Spada, los restos de un edificio análogo al de Bianchini.

Con estos resultados mezquinos y debidos al acaso ha tenido que contentarse hasta hoy la ciencia. En 1860, los jardines Farnesio, sitio principal del palacio de los Césares, vinieron á ser propiedad del emperador de los franceses. Inmediatamente se emprendieron excavaciones ordenadas por S. M. y confiadas á un anticuario italiano, Pietro Rosa, hombre bien preparado para semejante tarea. Las obras en cuestion han tenido por objeto no buscar tesoros que no existen, sino hacer constar en interés de la topografía de Roma el trazado primitivo, ya de las murallas de la antigua ciudad, ya de las construcciones imperiales. Al poner el producto de estas obras á vista de los lectores del *Correo de Ultramar*, vamos á tratar de examinar cuál es su importancia.

W. F.

## Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Continuacion.)

— La maldición de un padre, contestó Crichton, cambiando repentinamente de voz. Vuestra Majestad acaba de hablar de las calamidades que agitan á mi pais, presa de la heregia: en efecto, sus templos han sido profanados; el fuego que ardia en sus antiguos altares se apagó para siempre; sus venerables sacerdotes han sido expulsados; y las nuevas doctrinas, provocando funestas disensiones, han dado lugar á que en el seno mismo de las familias hayan sustituido al amor odios irreconciliables. Mi padre abrazó la nueva religion; pero yo permaneci fiel á la fe de mis antecesores, á la fe de mi conciencia. Por ella hubiera empuñado las armas para defender á mi desgraciada reina; pero mi padre me lanzó su maldición, y temeroso de no obtener con esta buen éxito en mis empresas, abandoné mi patria, por la que hubiera vertido gustoso mi sangre. La raza de mi padre me trae á la memoria gratísimos recuerdos, pero no volveré á mi pais hasta que destruido el cisma, abraze de nuevo la verdadera religion.

— Entonces no volveréis mas á Escocia, dijo la reina, porque siempre será la misma.

— Podrá suceder que no vuelva á mi patria ni reciba jamás la bendición de mi padre; pero siempre conservaré la religion de Roma.

— Aplaudo vuestra resolución, caballero, y me alegro de que la Francia sea vuestra patria adoptiva, porque en ella pueden cubrirse de gloria los valientes como vos. En el reinado de nuestro buen Carlos VII, uno de vuestros compatriotas, que se hizo notable en la batalla de Beaugé, fué creado condestable de Francia; ¿por qué no habiais de aspirar al mismo honor?

— No sería yo el primero que alcanzase semejante distinción, señora, pues si mal no recuerdo, el intrépido conde de Buchanan, uno de mis antecesores, recibió el baston de condestable en premio de su valor.

— En verdad, exclamó la astuta reina con aparente sorpresa, que el valor es hereditario en vuestra casa, y me regocijo al saber que sois un descendiente del valeroso Buchanan, cuyos altos hechos son bien conocidos. Pero siendo así, ¿por qué no habiais de empuñar el baston de mariscal? ¿por qué no habiais de ser el jefe de la caballería en Francia?

Crichton guardó silencio; su semblante pareció iluminarse, y se irguió con altanería.

Conociendo la reina el efecto que producian sus palabras, continuó de este modo:

— ¿Por qué no habeis de aspirar á la mano de la mas hermosa princesa de nuestros tiempos? ¿por qué no ha de ser vuestra Esclarimonda?

— No me digais mas, señora; por favor, no me tenteis.

— Revestido con la dignidad de mariscal, enlazado con la real casa de Condé, y rico por el dote de la princesa, ¿no quedaria vuestra ambicion satisfecha?

— Ni aun en medio de mis mas dorados sueños imaginé nunca semejante elevación, exclamó el caballero. ¡Mariscal de Francia!...

— El jefe de sus ejércitos, añadió Catalina.

— ¡En mi mano ese baston que Beltran Duguesclin, Oliverio de Clirson, Gaston de Foix y el bravo Montmorency han llevado con tanta honra! ¡Ese baston sería mio!

— Y las legiones de Francia á vuestras órdenes, continuó la reina.

— ¡Sus legiones! repitió Crichton. ¡Ah! ¡por san Andrés! ya las veo agitarse en derredor mio. Veo sus orgullosas é invencibles huestes extenderse como un torrente por la llanura; veo su caballería formada en línea de batalla delante de mí; esa noble caballería que conducia el gran Bayardo al combate. ¡Ah! ¡Montjoie! ¡San Dionisio! Aun me parece oír su grito de guerra.

— Que vuestra fortuna sea como la de Bayardo, es lo que yo deseo.

— Bayardo era un caballero sin tacha, señora, replicó Crichton; yo lo seré tambien.

— Así debe ser, dijo Catalina con impaciencia; pero en vuestros sueños de ambicion habeis olvidado lo que no debierais olvidar, vuestras tiernas aspiraciones.

— ¡Esclarimonda! murmuró Crichton.

— Decid mas bien la princesa de Condé, pues no tardará en reconocerse su rango.

— ¿Le reconocereis vos, señora? preguntó Crichton con ansiedad.

— Obraré segun me parezca, repuso friamente la reina. No preguntéis mas y escuchad: el baston de mariscal de Francia y la mano de la princesa de Condé, serán la recompensa de vuestros servicios con ciertas condiciones.

— El infierno tiene sus pactos, murmuró Crichton, y algunos hombres han vendido su felicidad eterna por menos precio. Vuestras condiciones, señora.

— Que aceptéis ó no las condiciones que voy á proponeros, ¿me dais vuestra palabra de caballero de no revelar jamás una sola sílaba de lo que voy á decir?

Crichton parecia absorto en sus reflexiones,

— ¿Me dais vuestra palabra de caballero? replicó Catalina.

— La teneis, señora, contestó el escocés.

— Entonces os confiaria hasta mi vida, porque sé que sois incapaz de faltar á vuestra palabra.

— Vuestra Majestad puede hablarme como á su confesor.

— Tened presente que la violación del secreto que voy á revelaros llenaria de cadalsos la ciudad de Paris, inundaria en sangre sus calles, henchiria de presos los calabozos de la Bastilla. Hay secretos que no deben confiarse ni aun al cielo, y el mio es uno de estos.

— Y crímenes demasiado grandes para ser perdonados, dijo Crichton con tristeza. ¡Ojalá que V. M. no me proponga uno semejante!

— Tened paciencia, caballero, repuso la reina, y oireis mis proposiciones. Por lo pronto, ya conoceis nuestros planes, y así no necesito hablaros de nuestro proyecto de destronar á Enrique para coronar al duque de Anjou.

— Sé todo eso, señora, dijo Crichton.

— Pero lo que no sabeis, continuó Catalina acercándose al escocés y bajando la voz, es que el duque se halla en este momento en Paris.

— En esta ciudad. ¡Ah!...

— En el Louvre, en este palacio que será bien pronto suyo.

— ¡Gran Dios!

— Bussy de Amboise, su favorito, ha llegado esta mañana de Flandes; todo va bien, y desde luego contamos con el oro de España, las espaldas de Suiza y Escocia y los guardias. Nuestros mil agentes, nuestros espías y nuestros emisarios trabajan sin descanso para ganar los arrabales, y nuestros partidarios reunidos solo esperan la señal, que deberá darse esta misma noche.

— ¿Tan pronto?

— Sí, tan pronto, repitió Catalina con entusiasmo. Nostradamus ha predicho que todos mis hijos reinarian, y mañana se cumplirá su predicción.

— ¿Y Enrique?...

Catalina palideció, estremeciéndose con tal violencia, que tuvo que apoyarse en el hombro de Crichton para no caer.

— ¿Qué sucederá al rey, vuestro hijo, señora? continuó el escocés con tono severo.

— De todos mis hijos, dijo la reina con una mirada de profunda angustia, Enrique es el mas querido. El enfermizo Francisco y el brutal Carlos no ocuparon nunca un lugar en mi corazón; pero Enrique, tan hermoso, tan apuesto y tan galante... ¡ah! Enrique fué siempre mi favorito.

— ¿Y quereis ahora destruir vuestra propia obra? ¿quereis sacrificar al hijo que mas amais?

— Mi seguridad reclama este sacrificio, repuso Catalina lanzando un profundo suspiro. Enrique se ha hecho desde hace mucho tiempo obstinado y caprichoso; rehusa seguir mis consejos, y se niega á reconocer mi autoridad; sus favoritos son los que gobiernan en mi lugar. Como la ley sálica me prohibe el ejercicio de la autoridad soberana, yo reino por mis hijos, y ya que no lo haga por Enrique, será por Francisco.

— Y comparado el amor al poder con el amor maternal, este no es nada, ¿no es verdad? preguntó Crichton.

— Contra las altas resoluciones no debe ser nada; contra el destino nada es. ¿De qué sirve mi ternura con Enrique, de qué mis sentimientos, de qué esa vacilación en pronunciar su sentencia? Caballero Crichton, continuó Catalina con una voz que heló la sangre en las venas del escocés, es preciso que muera.

— ¡Horror! exclamó Crichton, ¿es posible que una madre pueda hablar así?

— Escuchadme, exclamó Catalina, escuchadme y temblad. Por mi propia sangre he obtenido el poder; por la sangre, por mi propia sangre yo le conservaré. Enrique debe morir.

— ¡Por la misma mano que le ha criado!

— No, mi mano podria temblar. Necesito un brazo seguro para dar el golpe. Escuchad, continuó la reina con tranquilo acento: á media noche todo estará pronto; bajo diversos pretextos y con distintos disfraces, todos los jefes de la facción de Anjou se introducirán en el Louvre. Bussy de Amboise tiene que ventilar personalmente una querrela con el favorito del rey, y como su espada le ha sido siempre fiel, él se encargará de Joyeuse, de Epernon y de Saint-Luc. El duque de Nevers es nuestro; solo queda Enrique, y...

— ¿Y qué, señora?

— Vos os encargareis de él.

— ¡Yo!

— Sí; en medio de la escaramuza, el rey os buscará para romper una lanza: provisto entonces de otra muy aguda, gritad: ¡Viva Francisco III! y herid sin compasión. Conozco demasiado la fuerza de vuestro brazo para dudar del éxito: ese grito, ese golpe funesto será la señal para Anjou y nuestro partido. Todos los partidarios de Enrique quedarán exterminados, y su corona pertenecerá á su hermano.

— La escena de sangre que acabais de pintarme, señora, me trae á la memoria otros dias mas lejanos, recordándome un hermoso mes de junio de 1559. Delante del palacio de Tournelles se habia preparado un espléndido torneo para celebrar las bodas de Isabel de Francia con Felipe de España, y un rey caballero sostuvo el palenque contra todos los que se presentaron: aquel monarca era vuestro esposo; aquel caballero era Enrique II.

— ¡Basta! ni una palabra mas.

— Aquel monarca solicita un favor de su reina, que le envía presurosa una banda para adornar su corse-

lete. El rey manda entonces al conde de Montgomery que ponga su lanza en ristre: la lanza de Montgomery se rompe...

— Deteneos, caballero; yo os lo mando.

— Pero una astilla atraviesa el cerebro del desgraciado rey, continuó Crichton, sin hacer caso de las amenazadoras miradas de Catalina; el monarca cae mortalmente herido, y vos fuisteis testigo de aquella terrible catástrofe, señora; visteis á vuestro esposo rodar sangriento por la arena, y sin embargo, queréis que sufra la misma suerte su hijo.

— ¿Habeis concluido por fin?

— ¿Pensais acaso que sea yo un asesino, para proponerme una accion que haria estremecerse al mas desafiado *bravo* de vuestra Italia?

— Si os propongo una accion negra y terrible, tambien os ofrezco una recompensa proporcionada, repuso Catalina: mirad, añadió sacando de su escarcela un pequeño pergamino del que pendia un sello; hé aquí vuestro nombramiento.

— Tiene la fecha de mañana.

— Se ratificará esta noche, contestó la reina, colocando el documento sobre una mesa cubierta con un tapiz. Hé aquí el sello real; mirad vuestro título de mariscal de Francia: ¿qué contestais?

— Hé ahí mi respuesta, exclamó Crichton sacando su daga y atravesando el pergamino de tal modo que desapareció su nombre.

— Basta, dijo Catalina rasgando el mutilado documento; bien pronto sabreis lo que puede mi cólera.

— Amenaza por amenaza, señora, repuso el atrevido escocés; os advierto que tendreis en mí un formidable enemigo.

— ¡Ah! exclamó la reina despues de una pausa, supongo que no descubriréis mi secreto; tengo vuestra palabra de caballero.

— Es verdad, replicó Crichton; pero V. M. olvida que Rugieri está en mi poder.

— Rugieri no dirá nada.

— Ha jurado revelarlo todo á condición de perdonarle la vida, dijo Crichton.

La frente de Catalina se oscureció; pero en sus labios se dibujó una siniestra sonrisa.

— Si mi astrólogo es vuestro único instrumento de venganza, dijo, nada tengo que temer.

— Vuestra Majestad es muy confiada, repuso Crichton; ¿qué diriais si os anunciase que el paquete que contiene las cartas, las pruebas del elevado nacimiento de Esclarimonda, se ha vuelto á encontrar, y que vuestras propias cartas al duque de Anjou, con vuestros despachos al principe de Mantua, van á ser entregadas al rey?

— ¿Y qué diriais si os contestase que todo esto es falso? dijo Catalina. Ese paquete no llegará jamás á manos del rey, porque ese paquete le tengo yo. El sacerdote hugonote que debía llevarse á Enrique, es mi prisionero.

— Ya veo que los espíritus infernales no han abandonado á V. M., murmuró Crichton con expresion de asombro.

— Ni los de la tierra tampoco, exclamó Catalina dando una palmada. Que traigan á Rugieri, añadió la reina dirigiéndose á los hombres que se habian presentado al oír la señal.

Estos hombres aparentaron alarmarse, y uno de ellos balbuceó alguna cosa semejante á una excusa.

— ¿Qué es eso? preguntó Crichton. ¿Os habreis atrevido á desobedecer las órdenes del rey? ¿habreis dejado escapar á vuestro prisionero?

En aquel momento entraron en el pabellon dos oficiales.

— ¿Dónde está el astrólogo? respondeis de él con vuestra vida, exclamó Crichton.

— Venimos aquí á buscarle, dijo uno de los oficiales.

— ¿Aquí? repitió Crichton con furor.

— Sí, señor, replicó el oficial. Apenas lo habiamos puesto en la sala de guardia, cuando desapareció, sin que sepamos cómo, y hemos creído que acaso estaria aquí.

— Reconozco vuestra mano en todo esto, dijo el caballero volviéndose hácia Catalina.

— Ya veis que los espíritus de las tinieblas no me han abandonado todavia, repuso la reina con una irónica sonrisa.

— El otro prisionero es el que está seguro, dijo el oficial retirándose.

— Un anciano hugonote: si deseais verle...

Y sin esperar la respuesta del escocés, el oficial hizo una seña á otro hombre que se hallaba cercano, y pocos momentos despues penetró en el pabellon el anciano Cristian, con las manos atadas, y mostrando en su rostro las señales del mas amargo sufrimiento.

— Su compañero el inglés se nos ha escapado, dijo el oficial, gracias á un demonio en forma de perro, que tenia dientes de lobo; pero no puede haber franqueado las puertas del Louvre, y aun le cogemos.

Crichton iba á precipitarse para desatar á Cristian, pero una mirada del anciano le contuvo.

— Es completamente inútil que trateis de socorrerme, hijo mio, dijo Cristian.

— ¿Dónde está el paquete? preguntó Crichton con una energía furiosa. Recordme que no ha caído en manos de esta reina sin remordimientos; decidme que está en poder del inglés Blount; decidme que aun hay esperanza.

— ¡Ay de mí! hijo mio, ¿por qué os habia de engañar? Nuestros enemigos triunfan; me han perseguido con encarnizamiento, y he caído en sus manos como un

pájaro. El precioso paquete me ha sido arrebatado; y ya no hay que tener esperanza sino en el cielo.

— El cielo no hará ningun milagro por tí, vil hereje, dijo Catalina. El populacho, privado del espectáculo que le prometia la ejecucion de Rugieri por el fuego, querirá una victima, y la tendrá. El cadalso no se habrá levantado en vano. Abjura tus creencias, anciano, y reconciliate con el cielo, porque tu sentencia está ya pronunciada.

— No deseo mejor fin, contestó Cristian, pues mi muerte será un buen ejemplo para los fieles.

— Vuestro fanatismo os ciega, dijo Crichton; renunciad á vuestros errores, mientras es tiempo.

— ¡Renunciad! replicó el anciano con fuego, ¡jamás! Las llamas podrán consumir mi cuerpo, y el tormento desgarrar mis miembros; pero mis labios no dirán lo contrario de lo que siente mi corazón.

— ¡Silencio! no blasfemes, gritó la reina. Nunca se ha dejado ver como hoy la mano de Dios, pues el jefe en quien tu miserable secta tiene todas sus esperanzas, ha caído en nuestro poder. ¡Ah! ¿tiemblas? ¿ya hemos encontrado el medio de conmovier tu inexorable espíritu?

— ¡Es imposible! exclamó Cristian con acento desesperado.

— Pues nada mas cierto, contestó Catalina; tu jefe ha caído en nuestras redes.

— ¡Ah, fatal imprudencia! murmuró Cristian con amargura; pero no me quejaré de los designios de la Providencia. Ruego á V. M. que me mande sacar de aquí, pues me siento muy débil.

— Que se le lleven, gritó Catalina, y que se pregone á son de trompeta en todos los barrios de nuestra ciudad católica, que un ministro hugonote morirá quemado á media noche en el Prado de los Clérigos. Avisad tambien para que las autoridades eclesiásticas asistan á la ejecucion. Ahí teneis la orden, añadió Catalina dando un papel al oficial.

— Vuestra Majestad ha cambiado la orden, dijo el oficial mirando el papel; este ordena la ejecucion de Cosme Rugieri, abad de Saint-Mahé, convicto del crimen de lesa majestad y hechicería.

— Esa orden bastará, repuso imperiosamente la reina; conducid al prisionero.

Cristian cayó de rodillas, exclamando con fervoroso acento:

— ¡Hasta cuándo, Señor, aguardarás para vengar nuestra sangre, y juzgar á los que la vierten sobre esta tierra!

Pronunciadas estas palabras, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y sostenido por los dos oficiales, salió del pabellon.

— Vuestra Majestad es por cierto una enemiga inexorable, dijo Crichton mirando al desgraciado ministro con profunda piedad.

— Y tambien una poderosa amiga, añadió la reina; á vos toca ahora, caballero Crichton, decidir nuestra cuestion; pero antes de separarnos, no dejaré de advertiros que en Enrique teneis un temible rival, porque ama á la princesa Esclarimonda.

— Ya lo sé, señora.

— Esta noche será de él ó vuestra.

— Nunca será de él.

— Entonces aceptad mis proposiciones.

Apenas acababa la reina de pronunciar estas palabras, dejóse oír en el palenque el sonido de un cuerno de caza.

— Hé ahí un cartel caballeresco, exclamó Crichton prestando atencion.

— Un cartel *real*, contestó Catalina; el sonido de esa trompeta es el reto de Enrique de Navarra.

— ¡Enrique de Navarra! replicó Crichton en el colmo del asombro. ¿Es cierto pues que el jefe hugonote se halla en vuestras manos?

— Sí, respondió Catalina, y debemos esta captura á la casualidad. Una de mis damas de honor, la Rebour, creyó reconocer en uno de los soldados del baron Rosny, al Bearnés, y habiendo llegado esta sospecha á nuestros oídos, pusimos al momento en campaña á nuestros agentes y espías, dando por resultado las pesquisas, descubrir que el tal soldado no era otro sino el mismo Enrique de Navarra disfrazado. Este secreto debe quedar entre nosotros, caballero.

— No temais nada, señora, seré mudo.

— Tambien he sabido que el Bearnés se disponia á asistir á las fiestas del Louvre, con objeto de romper una lanza con vos.

— ¿Conmigo, señora?

— Vuestra fama de hábil justador ha llegado á sus oídos, y desea ponerla á prueba; pero escuchad... el clarín suena por segunda vez, y es preciso terminar esta conferencia. ¿Vuestra contestacion á mis proposiciones?...

— La recibireis despues de las justas.

— ¿Nuestro secreto hasta entonces?...

— Será sagrado, os lo juro.

— Basta; despues de la justa os esperaré en la galería real. Si al verme poneis como por casualidad vuestra mano sobre el pecho, será señal de que consentis. Dios os guarde, caballero.

Así diciendo, Catalina llamó á su escolta y salió del pabellon.

— ¡Hola, mi lanza, mi caballo! gritó Crichton, cogiendo su casco de manos de un page. ¡Ah, por san Andrés! vengan mis guanteletes. Cruzar mi lanza con el principe mas valiente de la cristiandad, vale bien la pena de exponerse á mil peligros. Dios me ayude en esta ocasion,

Y saltando sobre su brioso corcel, el escocés se lanzó á la arena.

Apenas quedó desierto el pabellon, alzóse uno de los tapices, y se vió aparecer primero un gran sombrero cónico, despues un semblante que revelaba el mas profundo temor, y en fin, la extraña figura de Chicot, con su abigarrado y caprichoso traje.

— ¡Voto á bríos! exclamó el bufon temblando como un azogado, no se dirá que me he metido aquí para nada. ¡Bonitas revelaciones he oído! ¡Una conspiracion á punto de estallar... y mi querido Henriot en visperas de ser atravesado de una lanzada como su padre! ¿Qué hacer?... Me encuentro perplejo, pues nadie querrá creerme y se reirán de mí. ¡Ah! una idea: esperaré á que terminen las justas, y entonces conferenciaré con el escocés, porque preveo la contestacion que dará á nuestra Jezabel.

Y entonando unas coplas satíricas, Chicot se deslizó con sigilo fuera del pabellon.

#### XXIV.

EL BEARNÉS.

En el momento de entrar Crichton en la arena, encontró á Enrique rodeado de sus favoritos, aguardando su vuelta con impaciencia, y haciendo conjeturas sobre el reto orgulloso que aun resonaba bajo los muros del Louvre.

— Corred, Montjoie, corred, caballeros, gritaba el rey dirigiéndose al rey de armas y á los heraldos; cumplid con vuestro deber, y volved á decirme quién es el audaz campeón que se atreve á presentarse como intruso en nuestro torneo. Id pronto, y sepamos cuál es su título y condicion. ¡Ah! ya estais ahí, añadió el monarca al ver á Crichton; ya os preguntaré luego acerca de vuestra interminable conferencia con mi madre. Sospecho por vuestro aspecto que se trama alguna conspiracion contra mí; ¿es eso?

— ¡Señor! exclamó Crichton rojo de cólera.

— ¡Pardiez! no os irriteis, caballero, dijo el rey sonriéndose; una entrevista con mi madre es siempre desagradable, y ahora debo mas bien daros gracias que reprehenderos. Y á propósito; sabed, caballero, que tan pronto como hayamos despachado á ese campeón desconocido, deseo romper con vos una lanza en honor de la hermosa Esclarimonda.

— ¡Tened cuidado, señor! murmuró una voz hueca, y no salgais hoy á la liza.

(Se continuará.)

#### El ferro-carril de Cintura.

(Véase el número 738.)

La estacion de Auteuil se ha ensanchado: la parte cubierta que ya existia sigue sirviendo de estacion para los trenes que hacen todo el trayecto, y se ha edificado otra lateralmente para los que solo transitan entre la estacion de Paris y Auteuil y que llegan allí por un ramal paralelo á la via principal.

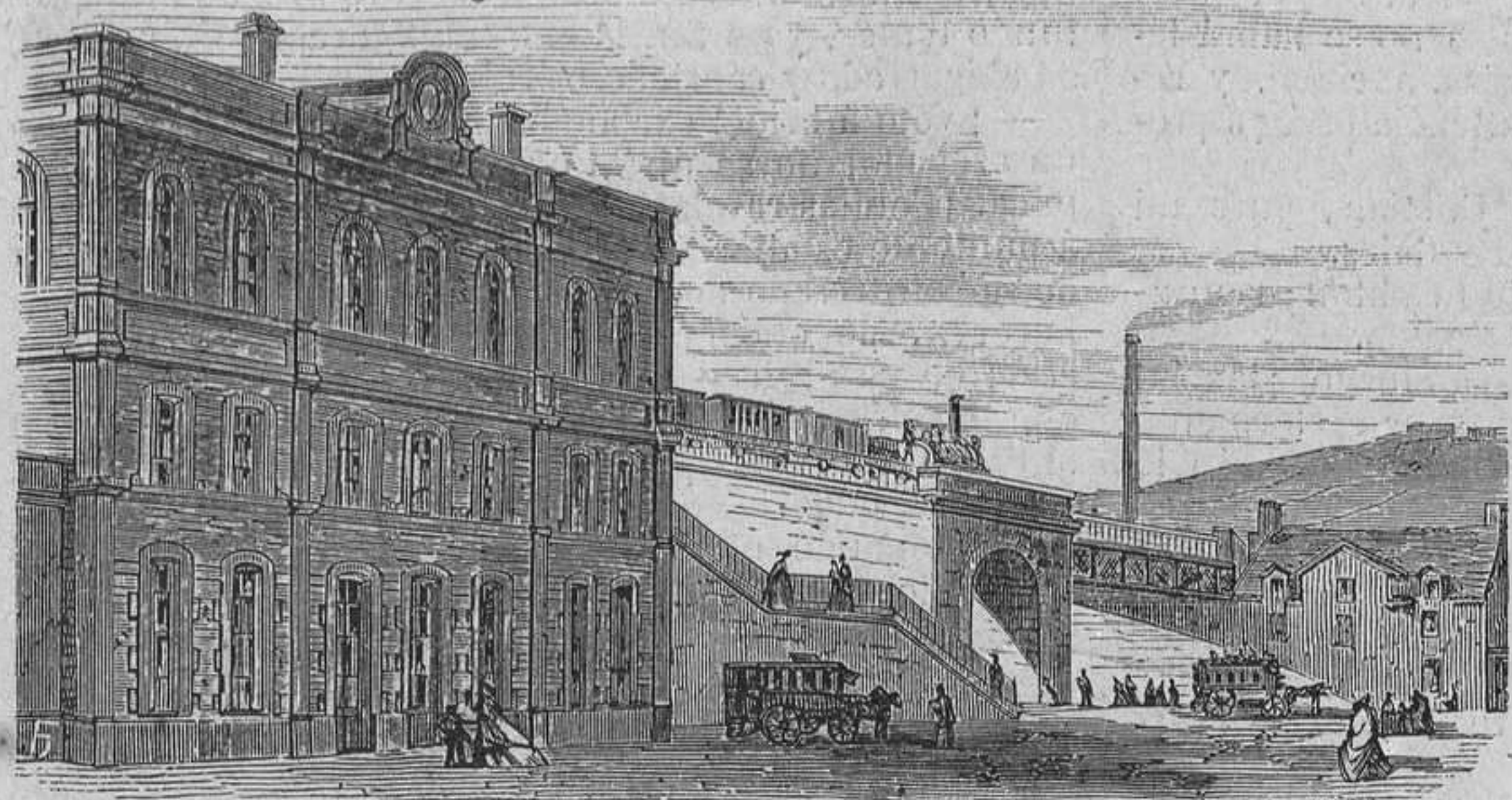
Al salir de Auteuil, la línea atraviesa el camino de Boulogne por un puente metálico y luego entra en el viaducto que la lleva sin interrupcion hasta el llano de Grenelle. Este viaducto, construido entre dos bulevares laterales de 16 metros de ancho, se compone de arcos de plena cimbra, cuyos pilares ofrecen en su espesor dos arcadas abiertas para la circulacion bajo el viaducto en todo su largo, y que hacen de este un paseo cubierto entre los dos bulevares. Esta doble hilera de arcos longitudinales da á toda la obra un aspecto de elegancia y ligereza que contribuye á aumentar el efecto decorativo.

Describiendo una curva de 360 metros de radio, la línea atraviesa dos bulevares sobre bóvedas sesgadas de albañilería rebajada, y dos calles sobre tableros metálicos para llegar al camino de Versalles. Esta primera parte, que cuenta 1,073 metros de largo, se llama *viaducto de Auteuil*, y se compone de 151 arcos de 4<sup>m</sup>,80 de abertura; la anchura exterior de la obra es de 9 metros, y la de la plataforma del ferro-carril entre los parapetos es de 8 metros: la construccion ha costado 1.780,000 francos.

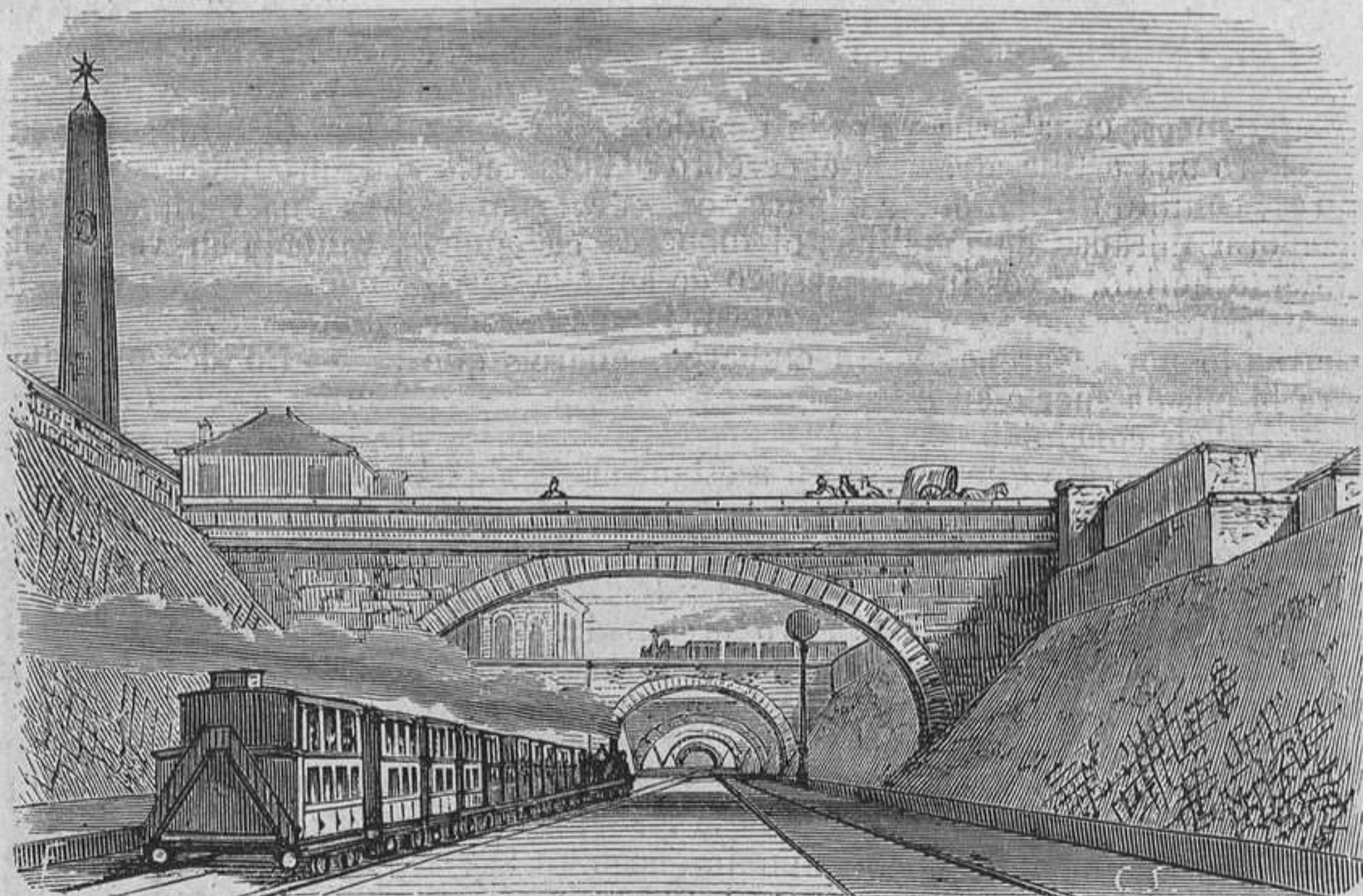
El *viaducto du Point-du-Jour*, donde está edificada la estacion del mismo nombre, continúa el de Auteuil y se extiende entre el camino de Versalles y el Sena, con 154 metros de largo. Tiene 26 arcos; los muelles que hay á lo largo de la via han hecho que en este punto se eleve á 14<sup>m</sup>,80 la anchura de la plataforma entre los parapetos; la abertura de los arcos es de 4<sup>m</sup>,97. La estacion se compone de una parte cubierta de hierro batido y de cristales, que descansa en la obra; las salas de espera y las oficinas comunican con los muelles por dos escaleras.

Aquí tiene lugar la correspondencia con el ferro-carril americano que va á Versalles y á Boulogne.

El viaducto del Point-du-Jour ofrece en su construccion curiosas particularidades. En este sitio próximo al Sena, como las primeras capas del terreno no eran sólidas, ha habido que buscar á una profundidad que llega á 15 metros bajo el nivel de las calzadas laterales, un suelo capaz de sostener los cimientos. Así es, que se han construido dos viaductos sobrepuestos; el pri-



PARIS. — Ferro-carril de Cintura : Estacion y puente en la calle de Vaugirard.



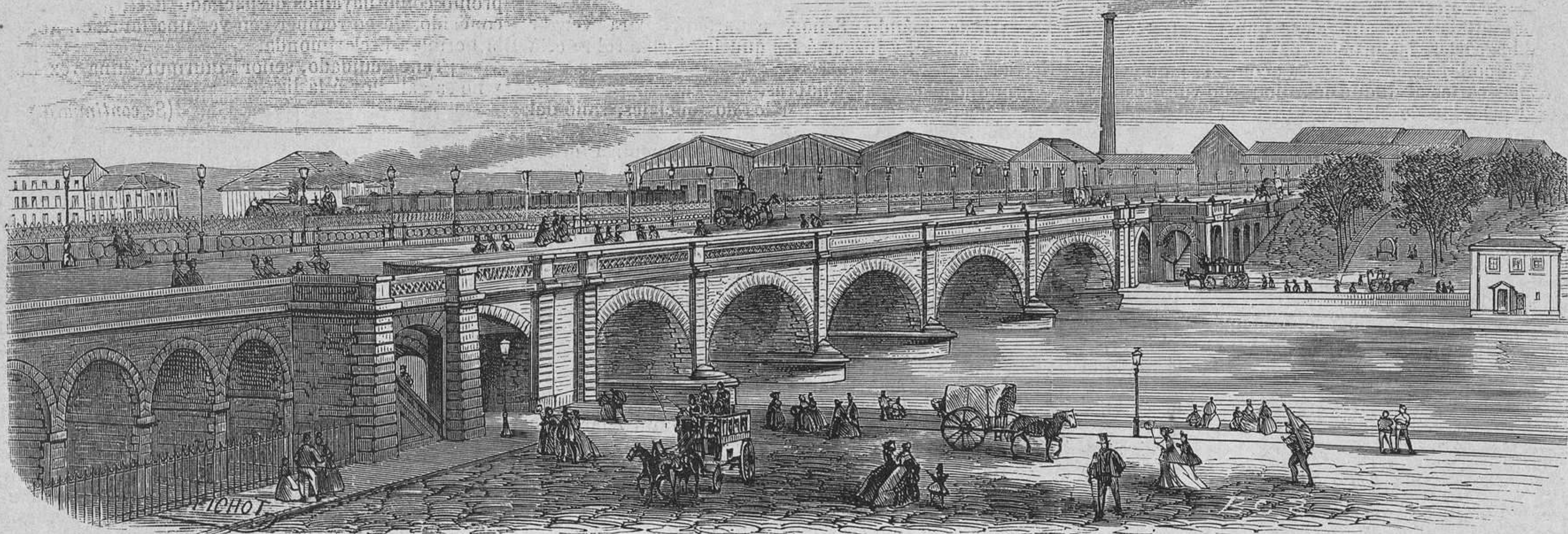
Puente de la calle Brancyon (Vaugirard).

mero, sepultado bajo el suelo de las calzadas laterales, se compone de arcos ogivales de una abertura doble que la de los arcos superiores; los pilares de estos últimos descansan alternativamente en lo alto de las ogivas y en la prolongacion de los piés derechos que las unen. Los doce últimos arcos del lado del Sena se han construido

segun este sistema. Muchas dificultades ha habido que vencer para ello, y la obra ha costado 590,000 francos.

Llegamos al *punte-viaducto* del Point-du-Jour, por el cual la línea atraviesa el Sena entre los muelles de Auteuil y de Javel. Como lo indica su nombre, este puente comprende dos partes distintas: el *punte* que sirve para

la circulacion de peatones y carruajes, de 175 metros de largo sobre 31 de ancho, con cinco arcos elípticos de 30<sup>m</sup>,25 de abertura, y el *viaducto*, 10 metros mas alto que la calzada del puente y que pasa en el eje de este, teniendo 31 arcos de dimensiones iguales á las del viaducto de Auteuil. En sus extremos dos grandes arcos

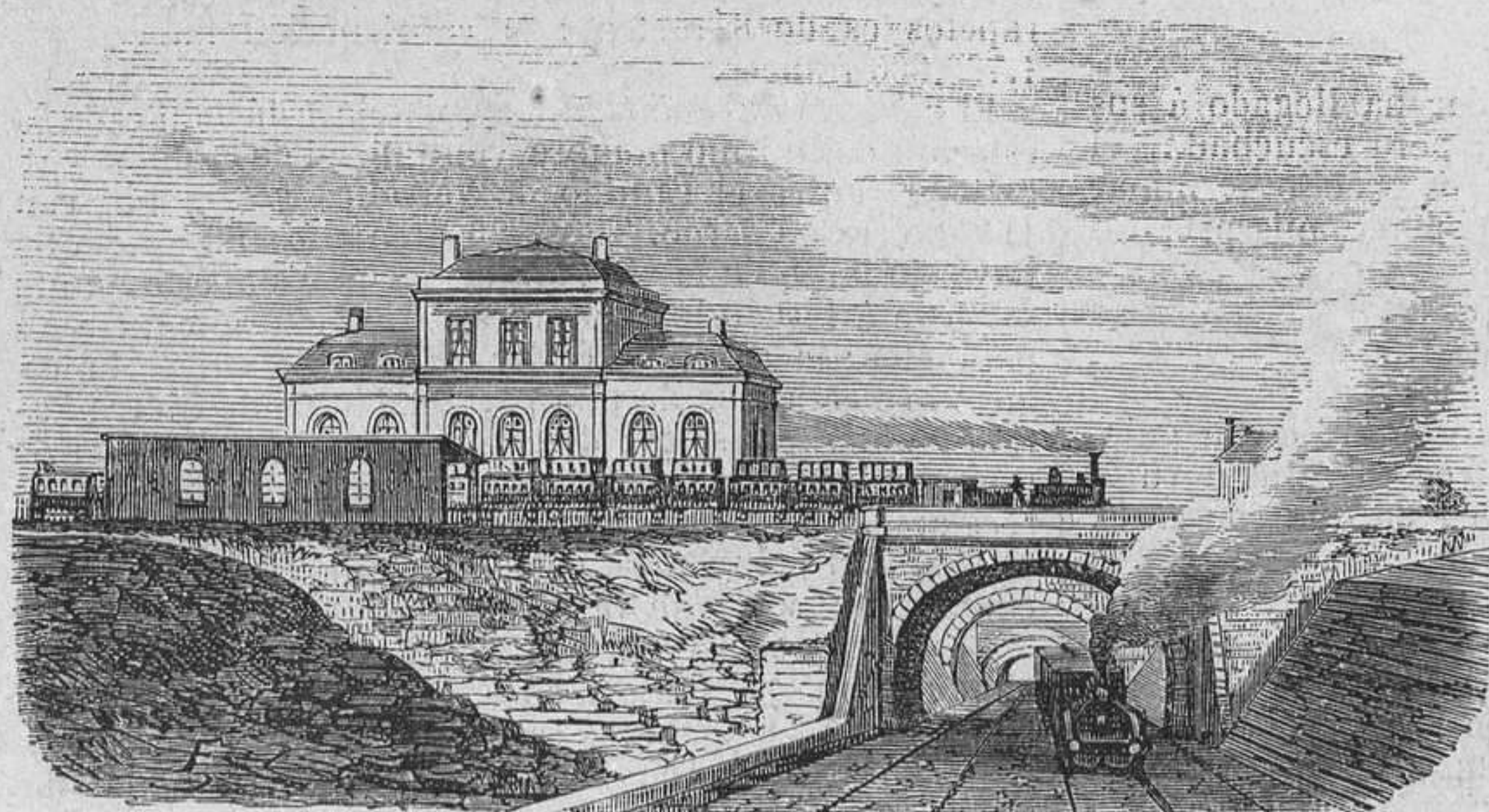


Puente Napoleon, en Ivry.

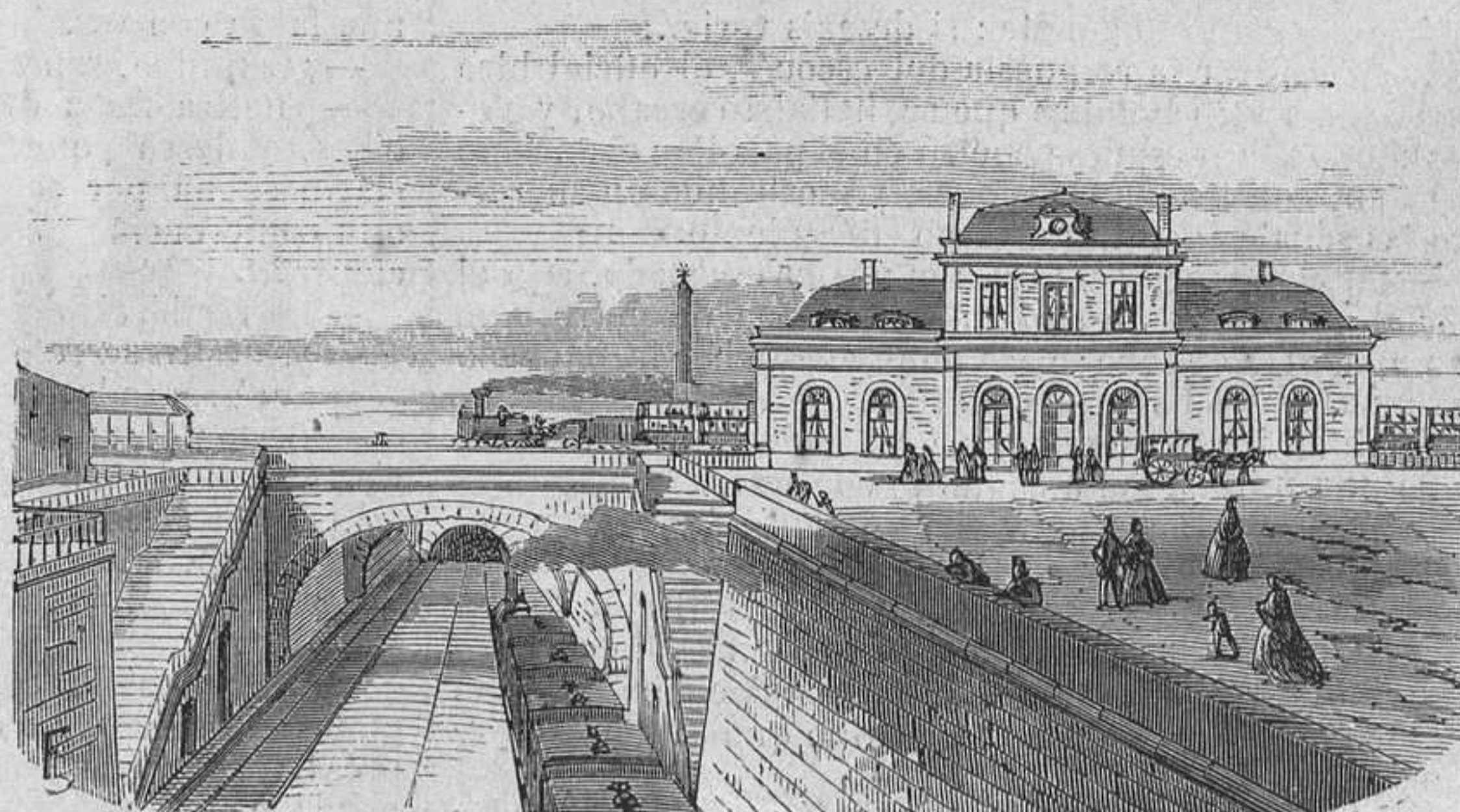
de 20 metros de abertura le unen al viaducto del Point-du-Jour en la orilla derecha y al de Javel en la izquierda. La plataforma del puente se divide en su ancho en cinco partes: una acera central de 11 metros, ó paseo cubierto bajo el viaducto, y luego á los lados dos calzadas de 7<sup>m</sup>,25, cada una con su acera de 2<sup>m</sup>,25.

Como cada uno de los arcos del puente tiene que sostener cinco arcadas del viaducto, este se eleva en cierto modo sobre el vacío. Gracias á una buena reparticion del peso de las diferentes partes de la construcción, gracias tambien á la eleccion de los materiales empleados, se ha podido realizar esta disposicion tan original

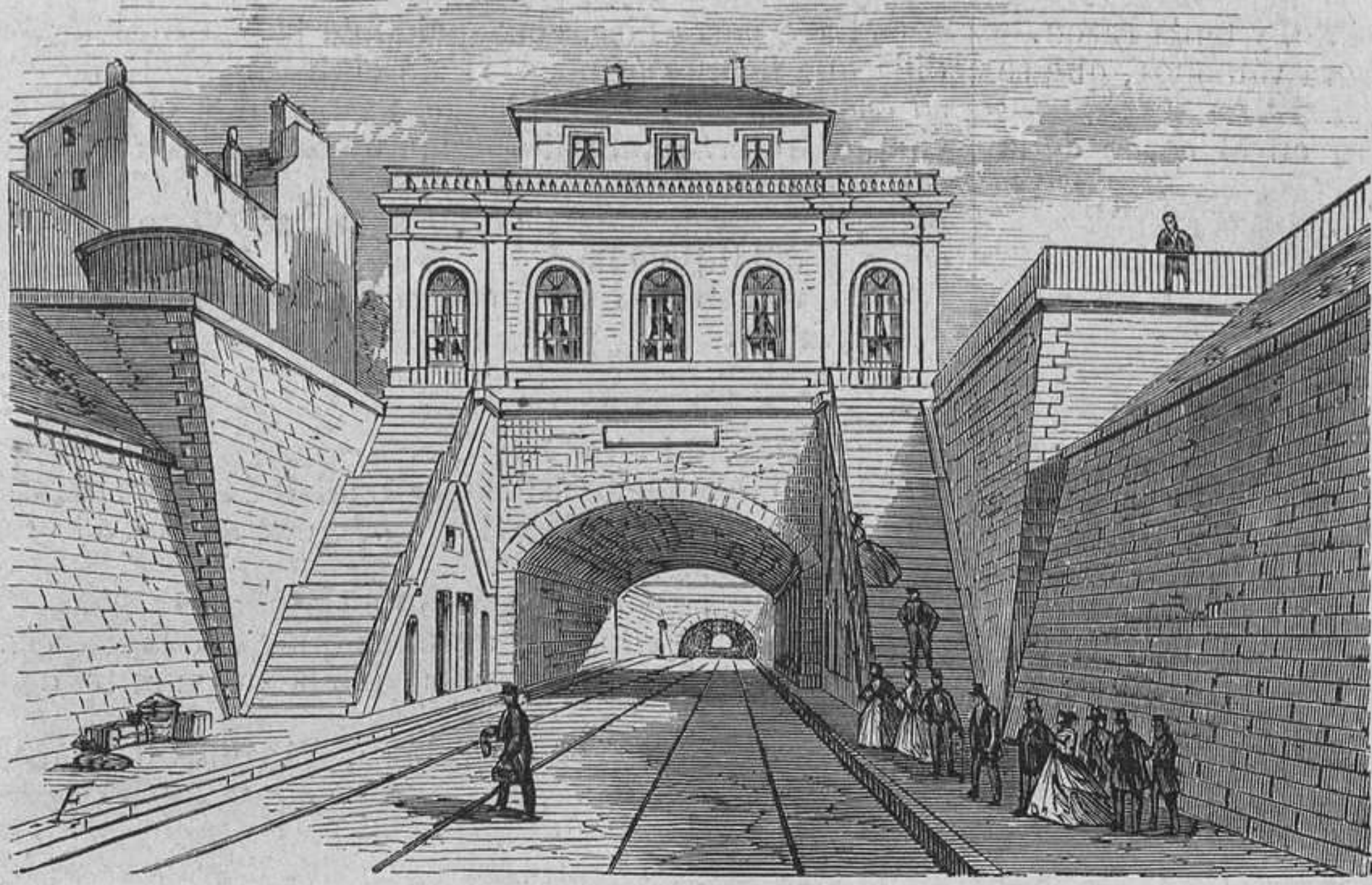
como osada. Los pilares del viaducto, que se han sesgado lo mas posible, bajan hasta el estrado de los grandes arcos y se reunen entre sí bajo el nivel de la calzada del puente, por pequeñas bóvedas de ladrillos huecos. El puente-viaducto del Point-du-Jour ha costado 3.460,000 francos.



Estacion de Vanves, por el lado de las canteras.



Estacion de Vanves, por el lado del camino.



PARIS. — Ferro-carril de Cintura, estacion de Montrouge, entrada del tunel.



Salida del tunel de Montrouge en el llano de la Glacière.

El dibujo que hemos publicado da una idea de esta magnífica construcción, que hace el mayor honor á los ingenieros que concibieron su plan.

Después de atravesar el muelle de Javel por un arco de 20 metros, la línea continúa en viaducto sobre un largo de 120 metros. El viaducto de Javel, como el del Point-du-Jour, se compone de dos pisos de arcadas sobrepuestas; como los cimientos encontraron el fondo fangoso del antiguo cauce del Sena, se bajaron á 10 metros de la superficie del suelo.

Un terraplen cuya altura varia entre 6 y 11 metros, sigue al viaducto y atraviesa el llano de Grenelle. A la izquierda, el ferro-carril que conduce al Campo de Marte, después de haber dejado la orilla del rio, se acerca al camino de cintura por una cuesta de 0<sup>m</sup>, 01 por metro, y describiendo una curva de 300 metros de radio, se mantiene paralelamente á la via principal, como unos 200 metros, antes de empalmar con ella. En este punto, y entre las dos vias, se halla la estacion de Grenelle, donde tendrá lugar la correspondencia entre los trenes del camino de cintura y los que irán al Campo de Marte.

Siguiendo nuestro camino, encontramos, enfrente de la puerta de Sèvres, una primera bóveda de 12 metros de abertura, y luego otra igual al extremo de la calle del mismo nombre. El terraplen se interrumpe de nuevo á la altura de la calle de Hameau, para dar lugar á un viaducto de 13 arcos, uno de ellos de 14 metros sobre la calle de Hameau, y los otros de 9<sup>m</sup>, 60. Un tablero metálico de 19 metros continúa el viaducto sobre la calle de Vaugirard; á su extremo principian los muelles de la estacion de este nombre, á la que se llega por una escalera de piedra por cada lado de la línea: nuestro dibujo nos dispensa de entrar en mas pormenores.

A la salida del tunel de Vaugirard, la via prosigue en

hondo por la meseta de Plaisance; la calle Brancyon la atraviesa por un puente cuya construcción ofrece un curioso ejemplo de los obstáculos encontrados á cada paso en este suelo removido en todos sentidos. Los cimientos se componen de tres pilares de fábrica que bajan á una gran profundidad, con un muro de revestimiento.

cia entre el camino de cintura y los trenes de Versailles (orilla izquierda). Además los dos caminos están unidos por un empalme que describe una curva de 400 metros.

Más allá de la estacion de Bel-Air, atraviesan la línea sucesivamente la calle de Vanves, por un puente de 20 metros de ancho; cuatro senderos por puentecillos de madera; la calle de las Plantas por una segunda bóveda de 12 metros de abertura, y en fin, el camino de Chatillon y el de Orleans, por dos puentes de 30 metros de anchura.

Entre la avenida de Orleans y el camino de Chatillon, las paredes de la zanja están revestidas de fábrica, y sostenidas por contrafuertes.

En el eje del puente del camino de Orleans, está la estacion de Montrouge, que se compone de un pabellon donde están las oficinas y las salas de espera. Un poco más lejos, en la travesía del Camino Verde, principia el tunel de Montrouge, que atraviesa el cerro de Montsouris. De 903 metros de largo, y con el laberinto de galerías subterráneas que encuentra en su trayecto, esta obra es una de las que han ofrecido mayores dificultades. Para consolidar los cimientos, se ha empleado el mismo sistema que en el tunel de Vaugirard, con la diferencia de que aquí la aplicación era mucho más difícil, porque las obras no se hacían á cielo abierto.

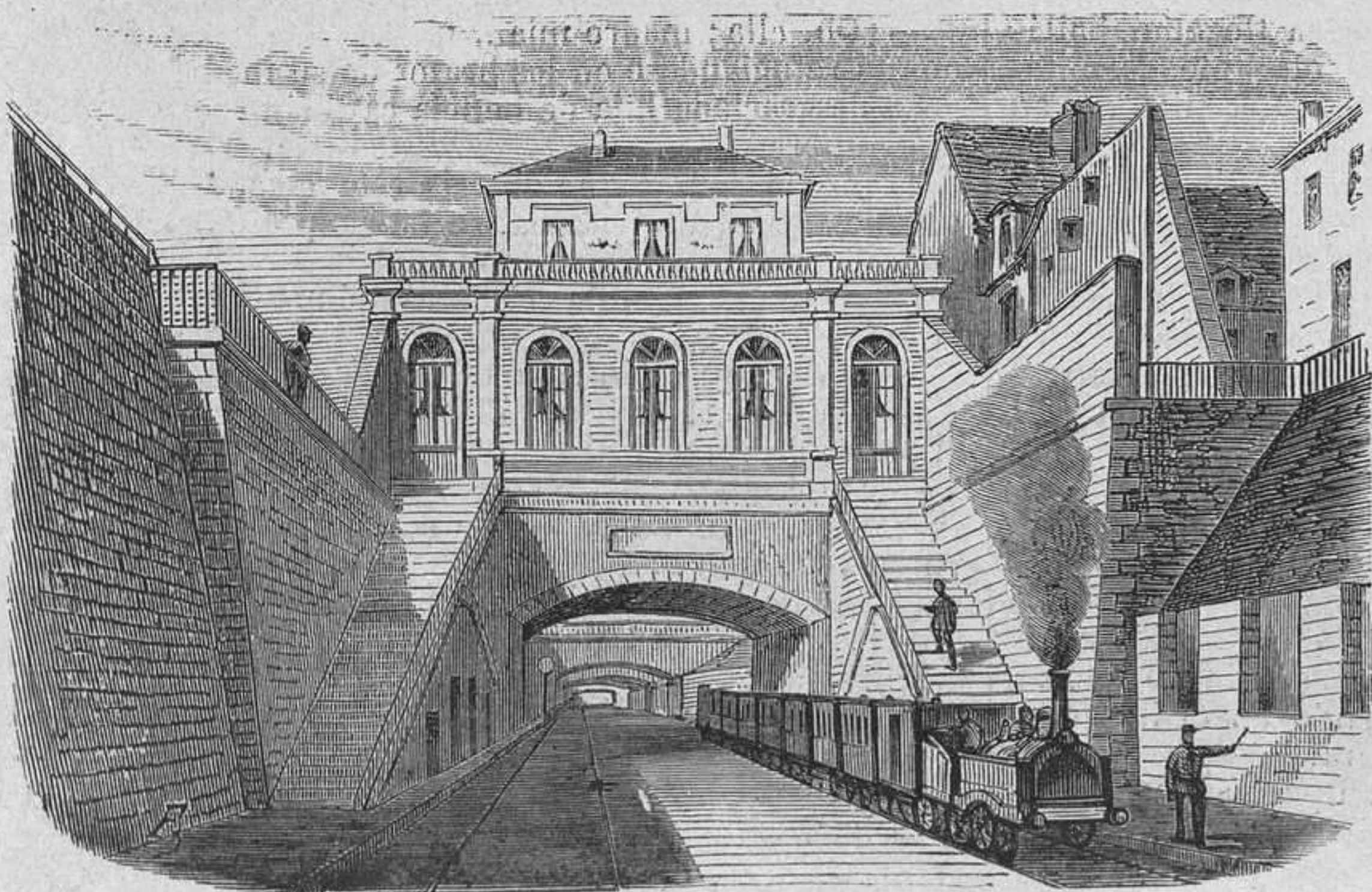
La línea, después de haber pasado á 21 metros más abajo del ferro-carril de Sceaux y de Orsay, sale del subterráneo para atravesar el sitio del futuro parque de Montsouris, en una zanja profunda que atraviesa el acueducto de Arcueil, luego el camino de

la Glacière, por un puente de fábrica donde se halla la estacion de Gentilly, cuya disposición es semejante á la de la estacion de Montrouge. Corta la colina de la Fontaine à Mulard, y entra en el valle de Bel-Air, que atraviesa sobre un terraplen de 7 metros de altura, el Bièvre y el camino de los Peupliers se atraviesan por dos



Estacion de Gentilly.

La línea encuentra luego la calle Turbigo, que la atraviesa por un puente de 18 metros de abertura, y luego el ferro-carril del Oeste (orilla izquierda), que pasa por un puente sesgado de fábrica. En este punto, y sobre el terraplen de la línea del Oeste, se halla la estacion de Vanves, donde tendrá lugar la corresponden-



Estacion de la Maison Blanche.



Estacion de Ivry y empalme con la línea de Orleans.

viaductos, luego aparece de nuevo la zanja, cortada sucesivamente por dos puentes que dan paso á la calle de Bel-Air y á la del Moulin de la Pointe, donde se halla la estación de la Maison-Blanche, idéntica á las dos precedentes.

La línea continúa por la zanja, cuya profundidad se aumenta, encuentra las avenidas de Choisy-le-Roi y de Ivry, que pasan por puentes de fábrica y atraviesa las diez vías del ferro-carril de Orleans. La estación de Ivry, construida á su extremo, es igual á la de Vaugirard. Un poco mas lejos, está la union de la línea de empalme que baja sobre un viaducto, el cual describe una fuerte curva hasta el nivel del camino de Orleans. Aquí se termina la nueva línea: el puente Napoleon, construido hace ya algunos años, pertenece á la seccion de la orilla derecha.

Como el del Point-du-Jour, tiene á la vez la via férrea y una calzada para los carruajes y los peatones; pero está lejos de tener el aspecto monumental de este último, y tampoco ofrece la misma comodidad á la circulación. La gente de á pié tiene que subir una escalera para llegar al nivel de la calzada, y los carruajes suben un declive de doble evolucion.

Como ya hemos dicho, un solo vacío interrumpe aun en la orilla derecha la continuidad de la línea circular, vacío existente entre Batignolles, donde se acaba el ferro-carril de Cintura de la orilla derecha, y Courcelles, donde empalmará con el ferro-carril de Auteuil.

Esta pequeña seccion de 1,500 metros de larga, que tiene que atravesar toda la red de las líneas del Oeste, precisamente por el punto mas ancho, se compondrá de un tunel, cuya construccion deberá hacerse sin interrumpir el movimiento de los trenes, que es extraordinario en este sitio.

Las obras sumamente considerables que exigirá el establecimiento de este tunel, aunque comenzadas ya, no estarán concluidas sino en 1868. M. L.

## La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuacion.)

— Os lo diré; una señora que nos ha protegido en nuestra desgracia y nos ama mucho, tiene la idea de que somos hijas de un hermano suyo, y siempre me ha repetido que me parezco á él de una manera admirable.

— Yo nunca conocí á la familia de vuestro padre, pero es fácil saberlo; ¿cómo se llama esa señora?

— Doña Aurora.

— ¿Y el apellido?

— Lo ignoro.

— ¿Quién es, dónde vive? iremos á verla, descubriremos este misterio.

— Su hijo, don Constantino Lopez, es pintor y tiene su estudio en la calle de la Cruz.

— ¡Oh! le conozco mucho; precisamente está haciendo mi retrato.

— Lo sé; porque en su casa os vi la primera vez, cuando mi corazón me gritó, « esa es tu madre » y me hizo seguir el coche en que ibais.

— ¡Hija de mi alma! también el mio tuvo igual sentimiento.

— ¿Quereis que vayamos esta tarde?

— Sí, al momento; deseo darles gracias por la proteccion que os han dispensado.

— Entonces, Emelina, ven conmigo; vamos á vestirnos.

Las dos jóvenes, besando con ternura á su madre, se cogieron de la mano, y saltando de alegría entraron en las habitaciones interiores, despues de haber saludado á la marquesa del Rio que entraba en aquel momento.

— Vengo, mi querida Leticia, para que me acompañeis á casa del marqués de Pinares, dijo la del Rio.

— ¿Pues qué sucede?

— ¡Una horrible desgracia! ha muerto doña Juana; y su hijo, á consecuencia de este inmenso dolor, se halla en un estado lamentable. Aprecio mucho á esta familia y deseo acompañarlos.

— Vamos; también yo tengo un placer en ello; pero no quiero separarme ni un momento de mis niñas.

— Que vengan también; Honorata es como ellas una niña, y simpatizarán desde luego.

— Corriente, en seguida iremos.

— ¿Sabes, Leticia, que hay una señora que tiene un empeño vivísimo por conocer á tus hijas?

— ¿Y quién es?

— La baronesa de Pereival.

— No quiero verla.

— Conociendo la antipatía que la tienes, me he negado á darle las señas de tu casa, y despues me he alegrado muchísimo.

— Sí; ¿luego sois de mi opinion?

— Acabo de ver al criado del conde de Cinkar, y me ha revelado cosas terribles.

— Mi corazón la odiaba por instinto, y tenía razón.

— En fin, ya te lo contaré. Ahora vámonos, que se hace tarde.

Poco despues partieron las cuatro en el coche de la marquesa.

## XIX.

AGONÍA Y ENLACE.

Al llegar el conde de Cinkar al palacio de Pinares, una escena tristísima y desconsoladora se presentó á sus ojos.

Al pié de la escalera estaba la silla de postas en que Rafael acababa de llegar, y en el primer salon, abrazaba el trémulo jóven á su madre, que le recibió en sus brazos anegada en llanto. Honorata, pálida y silenciosa, contemplaba el interesante grupo, y el conde también permaneció inmóvil en medio de la estancia.

— ¡Madre mia, madre mia!... ¿Y mi pobre abuela y mi padre? murmuraba Rafael sollozando.

— Has llegado tarde para recibir su bendicion, hijo mio.

— ¿Pero mi padre?...

— ¡Ah! medio loco de dolor, pretende seguir su huella, dijo la marquesa desprendiéndose de los brazos de su hijo y cayendo medio desvanecida en un sillón.

— ¡Eso es imposible! su vida pertenece á su esposa y á su hijo; yo á fuerza de caricias mitigaré su amargura. ¿Dónde está?

El impetuoso mancebo quiso lanzarse al dormitorio del marqués, y se detuvo á un signo de su madre.

— Espera.

— ¿No puedo verlo?

— Ahora no.

— ¿Por qué?

— Se halla en el tribunal de la penitencia.

— ¡Dios mio! ¿Tan grave está que necesita los auxilios espirituales?

— ¡Ah! mucho; es un nuevo golpe con que el Señor quiere probar nuestras fuerzas.

La cabeza de Rafael se inclinó sobre su pecho, y de sus hermosos ojos desprendiéronse raudales de lágrimas.

Honorata hizo una seña al conde invitándole á sentarse á su lado, lo cual hizo inmediatamente, respetando ambos el inmenso dolor de aquellos amables y desventurados seres que confundieron sus lágrimas en un estrecho abrazo.

— ¿Y la baronesa de Pereival, no ha venido? preguntó el conde en voz baja á la jóven.

— También tenemos ese disgusto; mi amada tia no ha venido por aquí, lo cual es muy extraño, y temo la haya acontecido alguna desgracia. Ahora voy á mandar á buscarla, pues me ha prometido ser ia madrina de mi boda, y nos van á desposar antes de una hora, segun lo tienen dispuesto mis queridos protectores.

— No faltará quien ocupe su lugar mas dignamente; dejadla, su ausencia es provechosa.

— ¿Qué decis?

— Ya lo sabreis con el tiempo; entre tanto guardaos de esa mujer, considerándola como enemiga implacable y cruel.

— ¿También vos sospechais de ella?

— No, hija mia; mi opinion no se funda en sospechas, sino en realidades apoyadas en documentos auténticos y verdaderos.

— ¡Oh, Dios mio! murmuró Honorata con desaliento y cubriéndose la cara con las manos.

Un sacerdote se presentó en el salon.

— ¿Cómo queda mi esposo? le preguntó con ansiedad la marquesa.

— Bastante tranquilo, y aguardando con ansiedad la llegada de su hijo, pues desea por momentos verle unido en santo lazo á su jóven prometida.

— En este momento acaba de llegar, y todo está pronto para celebrar el desposorio. Voy á participárselo.

— ¿Os acompaño, madre mia? dijo Rafael adelantándose.

— Sí, sí; ven.

Apoyándose en su brazo, salieron del salon.

El suntuoso lecho donde descansaba Rogelio, hallábase colocado en un espacioso y elegante dormitorio, con balcones á la Carrera de San Gerónimo, y en el centro una magnífica chimenea.

Muy próximo á la cama habian colocado un altar, donde, entre varias esculturas de un mérito superior, destacaba un crucifijo de plata y pedrería de un valor inmenso, preciosa joya que se conservaba en la casa de Pinares desde tiempo inmemorial, y que solo en casos de gran solemnidad era trasladado desde la especial capilla donde se veneraba, á la pieza en que se hallase el enfermo.

En el portátil altar se veian los ornamentos sagrados que eran puramente indispensables para celebrar un desposorio y administrar al propio tiempo el Santo Viático y la Extremaunción á un moribundo.

Y en efecto, al ver el contraído y cadavérico semblante del marqués, comprendiase desde luego que se hallaba en una penosa agonía, viendo en él impresas las huellas de una muerte prematura.

Despues de la confesion quedó un poco aletargado.

La marquesa y su hijo contemplábanle con desconsoladora tristeza.

— ¡Oh! ¿Es posible, que solo el sentimiento de la muerte de su madre haya obrado en su ser una revolucion tan espantosa?

— Hace pocos dias, convencido de la irreparable pérdida que íbamos á sufrir, vi sin embargo, reflejarse en su frente la dolorosa calma de un mártir y la resignacion de un cristiano, dijo la marquesa contestando á la exclamacion de Rafael.

— Mi querida Maria; ¿estás á mi lado?... murmuró con voz débil Rogelio.

— Sí, esposo mio, no me separo de tí.

— ¡Ah, gracias! ¿y Rafael?

— ¡Aquí, padre mio! acabo de llegar en este momento.

— ¡Hijo de mi alma! ven; acércate.

El jóven, haciéndose superior á su honda pena, abrazó á su padre, animándole y fingiendo una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

— ¿Estás pronto á ser esposo de Honorata?

— Siempre lo estuve, y mas hoy que tanto lo deseais.

— Entonces que se efectúe al momento vuestro matrimonio.

— Todo está dispuesto y solo esperábamos á la madrina.

— Que otra ocupe su lugar.

— Corriente, tranquilizate y procura descansar algunos minutos.

— Imposible; hasta que mis hijos hayan recibido mi bendicion y la del sacerdote, no puedo entregarme al reposo.

Rafael salió, obedeciendo una indicacion de su madre. Veinte minutos despues, hallábanse arrodillados al pié del altar los jóvenes prometidos.

La estancia se habia llenado de varios amigos íntimos de la casa y de los mas antiguos y fieles servidores.

De las últimas entraron la marquesa del Rio, Leticia y sus hijas, y no siéndolas ya posible adelantarse á saludar á la marquesa, permanecieron con Aurora y doña Graciana cerca de la puerta.

— Explicadme, ¿qué significa esto? dijo la marquesa del Rio á la doncella de Honorata; pues yo creí que se trataba únicamente de administrar al enfermo el Santo Viático.

— Es que el señor marqués se ha empeñado en que se verifique al propio tiempo el desposorio de su hijo con la señora condesa.

— ¿Es hijo del marqués el que se casa? preguntó Flor del Espino, sintiendo una emocion extraña, sin embargo que aun no habia reconocido á Rafael, por hallarse de rodillas delante del altar é interponerse entre ellos varias personas.

— Sí, señora, don Rafael de Pinares.

— ¿Rafael habeis dicho?

— Es el nombre del marquesito.

Una idea terrible cruzó por la mente de aquella desventurada.

Púsose pálida como la muerte y se apoyó trémula y convulsa en el brazo de su hermana.

— ¿Qué tienes? la dijo esta.

— Adelantémonos, quiero ver el rostro de los novios.

— Ya son esposos, dijo doña Graciana viendo que la ceremonia habia terminado y adelantándose para felicitar á su jóven señora.

La marquesa del Rio y Leticia la siguieron.

Emelina y Blanca ya se hallaban cerca del altar.

La de Pinares tenia estrechamente abrazados á los recién desposados, y los tres se inclinaban hácia el lecho de Rogelio.

— Arrodillaos y recibid mi bendicion, dijo este con voz moribunda.

Los jóvenes obedecieron en silencio.

Todos los circunstantes lloraban, y en medio del silencio mas absoluto, que interrumpia únicamente algun ahogado sollozo, pudo el enfermo pronunciar estas palabras:

— ¡Yo os bendigo en el nombre de Dios... sed felices!...

No pudo proseguir; el estertor de la agonía embargaba su voz.

Rafael se levantó, y al volverse para enjugar sus lágrimas, se halló frente á frente con Emelina.

— ¡Flor del Espino! murmuró aterrado y pálido como un cadáver.

— ¡Rafael! gritó la infeliz, con un grito exhalado de lo mas profundo de su alma.

— ¡Oh, ella; madre mia... madre mia! exclamó Honorata refugiándose en los brazos de su madrina.

La desgraciada hija de Leticia cayó sin sentido sobre la alfombra.

Al propio tiempo que ocurría esta escena, Flora, ignorante de cuanto pasaba, se habia presentado en el salon.

De entre el grupo de criados, salió una jóven y la dijo al oido:

— Señora, ya están casados.

— ¡Maldición! murmuró crispando las manos hasta el punto de romper el guante con las uñas.

— El marqués ha bebido el agua que dió la muerte á su madre, y se halla moribundo; ¿no está completa vuestra venganza?

— No; necesito á todo trance la cabeza de Honorata.

— Esta noche la tendreis; pero huid, porque estais descubierta.

— ¿Quién ha podido descubrirme?

— El señor conde de Cinkar; pero huid, huid antes que os vean.

La baronesa desapareció rápidamente, y al ir á volverse su interlocutora, fué detenida por Ruderico, á cuya penetracion no se escaparon algunas frases de aquel secreto diálogo.

— Dejadme, gritó la jóven.

El vigoroso mancebo, lejos de soltarla, la arrastró con fuerza fuera del aposento, y encerrándola en una habitación, se guardó la llave.

Media hora después de tan borrascosa escena, el más tétrico silencio reinaba en el palacio de Pinares.

El marqués había muerto, acongojado por horribles convulsiones.

Una voz se pronunció entre los circunstantes, que corrió de boca con la rapidez del relámpago, y todos exclamaban con dolor:

— ¡El marqués y su madre han muerto envenenados!...

Cuando se buscó á la envenenadora que Ruderico encerró en una de las habitaciones, no pudo encontrarse; se había descolgado por el balcón atando á los barrotos algunas prendas de vestir, que la facilitaron un rápido y feliz descenso.

## XX.

## LA QUINTA DEL JARAMA.

Nuestros amables lectores desearán saber la causa que motivó la ausencia de Flora en el palacio de Pinares, precisamente en los días que más falta hizo para llevar á cabo su pérfido plan.

Vamos pues á satisfacer tan justa curiosidad; empero, para esto, es necesario sigamos á Carlos cuando, separándose de la señora Gervasia, se dirigió con precipitación á la fonda en que se hospedaba.

Mandó preparar su silla de postas. Luego, dirigiéndose á su habitación, se sentó en la mesa de escritorio y estampó en una hoja de papel las siguientes líneas:

« Mi querido Sebastian: Mi repentina ausencia te habrá sorprendido, haciéndote formar juicios demasiado aventurados quizá; te ruego los suspendas hasta nuestra próxima vista, en tanto espero de tu buena amistad, me dispenses el obsequio de averiguar quién es una señora llamada doña Flora del Palancar, que en diciembre de mil ochocientos treinta y nueve dejó en Cádiz un niño de pocos meses al cuidado de Tadea Marin.

» Con vivo anhelo deseo conocer á esta señora, y por el interés que demuestro, sospecharás se trata de encontrar á mi familia, siendo este el principal motivo que me aleja de tus brazos. Adios, siempre tuyo.—CARLOS.

Cerró este billete, le puso el sobrescrito, y lo mandó con un criado á casa del joven pintor.

Luego, levantándose con celeridad, bajó la escalera. Ya le aguardaba la silla de postas, y poco después, recorría rápida como el relámpago el camino real, en dirección á la quinta del Jarama.

Nuestros amables lectores ya conocen esta magnífica posesión; pues es la misma que describo extensamente en el capítulo VIII de *la Pastora del Guadiela*, y en la cual tuvieron lugar muchas escenas interesantes con los amores de Rogelio y muchas intrigas de parte de Flora.

Nada había variado en ella en el curso de diez y siete años. Únicamente los árboles eran más pomposos y corpulentos, y los que formaban calle desde el camino á la puerta de la quinta, habíanse elevado á una altura inmensa, entrelazándose en lo alto su ramaje, y apareciendo por bajo una bóveda natural y sumamente caprichosa.

A lo lejos distinguíanse las huertas, y en su centro el río Jarama que las atravesaba como una cinta de plata, á la derecha estaba la puerta que daba al campo, y por la cual escapó del furor de Flora la inocente Isabela.

Hacia este sitio encaminaban sus pasos Edelmira y Lisa con demasiada frecuencia, aguardando siempre que apareciese por allí una persona cuya tardanza las impacientaba muchísimo.

— ¡Cuánto tarda Carlos en venir! murmuró Edelmira.

— Quizá cuando menos lo pensemos esté aquí, contestó Lisa, invitando á su joven señorita para que tomase asiento en un banco de piedra.

— Sí, sentémonos; te confieso que el sufrimiento va agotando mis fuerzas y no puedo tenerme en pie.

— Si os dejais abatir, nada hemos conseguido, ahora más que nunca necesitáis demostrar un valor enérgico.

— Lo conozco y no lo puedo remediar. ¡Acaso no habrá otra joven que se halle en la posición mía! Es muy triste, muy doloroso, tener una madre que me aleja de su lado como un obstáculo, como un mueble inútil, que se destierra porque su presencia es innecesaria ó enojosa. Un padre que me finge ternura, y á lo mejor, cuando le hago una pregunta sobre mi suerte, sobre mi porvenir, se encierra en un absoluto silencio sin dar un momento de tregua á mis mortales ansias. A veces pronuncia frases incomprensibles que me aterran, cuyo sentido no comprendo, y lo que más me atemoriza es la especie de fascinadora autoridad que su secretario ejerce sobre él. Ese hombre, que tiene más trazas de bandido que de caballero, le hace temblar con una sola mirada, y mi padre lo obedece con la sumisión de un niño. ¡Ah! Dios mío, yo no puedo sujetar las impresiones de mi corazón; aborrezco á esos dos hombres y me avergüenzo de llamar padre á un anciano sin dignidad, sin carácter, sin energía; su frente no se levanta erguida jamás, y en sus facciones solo se lee la degradación y el abatimiento.

Los ojos de la pobre niña eran dos raudales de lágrimas; la palidez de su rostro acrecía, y con ella su amargo desconsuelo.

— Para evitar esos momentos tan crueles, debéis unirlos cuanto antes á don Carlos, y en cuanto seáis su esposa, marchar á Italia á reclamar como legítima heredera de los Estados de Florini el rango que os pertenece.

— Yo no sé por qué mi madre huye de su país, siendo allí soberana y pudiendo disfrutar entre sus vasallos una paz envidiable.

— Callad, señorita, y enjugad por Dios esas lágrimas, que ya viene doña Crispina.

— ¡Otro tormento! estar bajo la dependencia de esa cócora de solterona, que no me deja dar un paso en libertad, y espía y censura todas mis acciones atormentándome continuamente.

— Mientras no tengamos más que á ella, estamos bien; al fin y al cabo tiene sus debilidades y podremos burlar su vigilancia escapando con don Carlos cuando todo esté dispuesto para la boda.

— Dices bien; el fingimiento es preciso muchas veces para vivir en el mundo.

Las dos jóvenes se adelantaron á recibir á la solterona, que resguardándose de los rayos del sol con una enorme sombrilla encarnada, llegó hasta ellas rendida y sin aliento para respirar.

— ¡Jesus! qué sofocada venís, doña Crispina, dijo Lisa.

— ¿Qué ocurre, aya mía? preguntó Edelmira con su natural dulzura.

— ¡No puedo más, me ahogo... una hora buscándolos por todas las huertas y jardines... estoy muerta de fatiga y he llevado un susto atroz!...

— ¿Susto, y por qué?

— ¡Toma! ya creía la princesa que os he dejado escapar.

— ¡Qué sospecha tan injusta! ¿He dado motivo á ella?

— ¡Qué sé yo! la señora tiene unos modos de expresarse que la confunde á una.

— Pero ¿dónde está mi mamá, ha venido?

— Acaba de llegar con el barón, y os busca como yo por todas partes.

— ¡Ah, corramos á su encuentro!... ven, Lisa, ven.

La ternura de la joven y el deseo de abrazar á su madre la hizo olvidarse de todo. Esperaba encontrarla tan amante y afectuosa como á su despedida para Valle-Real y en esta idea recorrió con vivo anhelo casi toda la posesión, hasta que la distinguió cerca del Jarama, donde rendida y sin aliento ya, se había sentado á descansar.

Pereival estaba detrás de ella, en la actitud de un criminal que espera la sentencia de su juez, y oyendo con la cabeza inclinada sobre el pecho sus reconvenientes y sus sátiras.

Al llegar á la quinta, y no encontrando en ella á Edelmira, se imaginó si habría realizado su proyecto de escapar con Carlos á Italia. Entonces su furor no tuvo límites, y se desató en improperios contra doña Crispina y contra el mismo Pereival, porque no tomaron las precauciones necesarias para evitarlo.

Como su cólera tardaba mucho en desahogarse, no había pasado la tormenta cuando se presentó Edelmira, y en vez de acogerla con el tierno cariño que la infeliz esperaba en su madre, la recibió bruscamente.

— ¡Madre mía!

— Aparta.

— Señora, ¿en qué os he ofendido?

— Has incurrido en mi desagrado.

— ¡Ah! una madre siempre perdona, y si he cometido inadvertidamente alguna falta, habrá sido fiada en vuestra indulgencia y bondad.

— ¡Objeciones á mí! ¿de cuándo acá tan atrevida?

— ¡Oh, Dios mío! murmuró Edelmira dando rienda á su comprimido llanto.

— Antes ofensas y luego zalamerías. ¡Apartad de mi presencia! Doña Crispina, conducid á su aposento á esta hija desobediente, que sin la autoridad maternal dispone de su corazón.

— ¡Todo lo sabe! murmuró Edelmira en su interior, sin atreverse á pronunciar una palabra.

Los ojos de la princesa brotaban chispas. La ira coloró sus mejillas y puso temblorosos sus labios.

— Sin mi permiso no volveréis á bajar á los jardines. ¡Cuidado! y vos, doña Crispina, no la dejareis sola ni un solo momento.

— Descuidad, señora, serán cumplidas vuestras órdenes, dijo la solterona, dirigiéndose hacia la quinta, seguida humildemente por la afligida niña.

Lisa vio estallar la tempestad desde lejos, y no quiso acercarse; escondida detrás de un árbol escuchó la reprimenda, y en lugar de seguir á su señorita, volvió otra vez, ligera como un gamo, al banco de piedra donde habían estado sentadas, y desde el cual se distinguía el campo y el camino por donde aguardaban ver aparecer á Carlos.

— ¡Infame, decía para sí la doncella, ahora la encierra! ¡Oh, yo la libraré de su odiosa tiranía!... esclavizarla de ese modo! Cuando lo sepa don Carlos, no tendrá límites su furor, y tomará una venganza cumplida.

Embargada en estas ideas, dejó correr las horas, hasta el momento que con un júbilo extremado vio pararse un coche en lo alto del camino.

Un caballero de alguna edad, con enormes patillas y larga peluca gris, se apeó, encaminándose solo hacia la puerta, donde ya Lisa aguardaba con impaciente curiosidad.

— ¡No es él! murmuró esta desanimada.

Instantes después le reconoció con viva alegría.

## XXI.

## ¡OH, MI MADRE!

Flora, para presentarse á Edelmira en la quinta del Jarama, había tenido que adoptar nuevamente el disfraz de princesa, con el que se hallaba bastante comprometida, á causa de las activas pesquisas que se hacían por encontrarla. Por lo cual, tan luego como la niña desapareció con el aya, dijo á Pereival:

— Me marchó á Madrid inmediatamente; quedais al cuidado de esa rebelde criatura, y os encargo la más estricta vigilancia, porque si llega á efectuar su fuga con ese diabólico Carlos, somos perdidos.

— ¡Id tranquila.

— Eso nunca; no lo estaré hasta ver asegurado bajo los hierros de una prisión á ese mancebo audaz.

— Lo cual es muy fácil conseguir.

— ¡Ah! sí, y no se tardará mucho tiempo. Mi voluntad es soberana, y me basta exponer un deseo, para verlo en seguida realizado.

— Teneis razón; ¿quién puede oponerse al oro y á una voluntad decidida?

El orgullo de Flora la hacía forjarse ilusiones, creyendo que sus planes de venganza se ejecutarían según sus órdenes, sin contar con que la Providencia vela siempre por el inocente, y hace sufrir al malvado el justo castigo de sus crímenes.

Pereival la acompañó á tomar el carruaje que la esperaba en el parterre de la quinta.

(Se continuará.)

## Recuerdos

## DE UN VIAJE POR LA REPÚBLICA DEL ECUADOR.

Uno de nuestros amigos, intrépido viajero que, á los veinte y siete años ha dado ya la vuelta al mundo, nos envía de Quito, capital de la república del Ecuador, unos apuntes de viaje, de los que vamos á reproducir algunos fragmentos.

Por fin, escribe, he llegado á una capital de horizontes maravillosos; la temperatura es muy suave (15 grados casi en todas las estaciones); los productos abundan; las frutas más exquisitas cuelgan de los árboles; la tierra ofrece á cada paso riquezas prodigiosas, y sin embargo, á pesar de todas estas ventajas, casi todos los ecuatorianos son pobres.

Quito es una población que va creciendo y que cuenta en el día mas de 75,000 habitantes. Nada más admirable que su posición: el Pichincha se alza por un lado, en tanto que por otro se abre un valle regado por un tributario del Pacífico. La altura á que se halla (2,908 metros) mantiene allí una frescura saludable, y así es que se observan poquísimas enfermedades graves y no hay tampoco de esas terribles epidemias que cada año devastan las comarcas más bajas.

La capital de la república tiene derechos respetables; ya no es joven, sino que existía antes de la llegada de los españoles.

No describiré sus edificios, ni sus iglesias, porque prefiero dibujarlos. La iglesia más notable es seguramente la del convento de San Francisco, que fué edificada con los tesoros del ministro del Inca Atabualpa, el general Ruminavi.

¿Qué citaré aun entre los principales monumentos? La iglesia de los Jesuitas, donde se ve un mármol con una inscripción firmada por franceses: Bouguer, Godin y La Condamine. Ya se recordará que á principios del siglo último estos sabios fueron enviados á América para medir un grado del meridiano.

El nombre del ingeniero Godin que vi aparecer en Quito, me ha recordado un episodio dramático de la vida de una heroína del mismo nombre, probablemente la esposa del viajero. En sustancia se reduce á lo siguiente:

La señora Godin des Odonais, que casó en 1744 con un joven francés protegido por La Condamine, se vino á encontrar muy luego separada de su esposo; se quedó en Rio Bamba, á poca distancia de la costa occidental, en la república del Ecuador, en tanto que á M. Godin llevaron sus viajes á las soledades del Oyapoc, en la Guyana.

Al cabo de veinte años de separación, esta señora resolvió reunirse con su marido; pero no era un viaje fácil el que consistía en atravesar un espacio de más de mil leguas por medio de selvas vírgenes.

De todos modos, como la señora tenía más ánimo que previsión, emprendió la caminata, casi sin recursos, por el inmenso desierto. Muy luego vió morir á sus compañeros y desaparecer su guía, y durante algunas semanas estuvo sola errando de bosque en bosque, ocultándose en los árboles para librarse de las fieras y aun temiendo á los escasos indígenas de estas soledades.

Quiso la suerte que la recogieran unos salvajes hospitalarios, y por fin llegó al término de su viaje; pero creo que M. Godin no se esperaba volver á ver tan pronto á su esposa (no llevaba más de veinte años de ausencia); en suma, la había olvidado algún tanto, y es de suponer que la señora sintió haber salido de Rio Bamba. Era demasiado tarde, y pasando á Cayena se embarcó y regresó á Francia.

Dos palabras ahora sobre la magnífica naturaleza que se ostenta en estas regiones.

En las cercanías de Quito se retuercen, diseminadas en sublime desorden, las montañas de los Andes; de trecho en trecho, la cordillera tiene válvulas de seguridad,

gigantescas chimeneas, terribles volcanes, como el Cotopari, el Antisana y el Pichincha.

He visitado este último volcan; pero no le he visto, sin embargo, tan cerca como cierto viajero, M. B..., que ha pasado algunos dias en su cráter.



QUITO. — Un aguador.



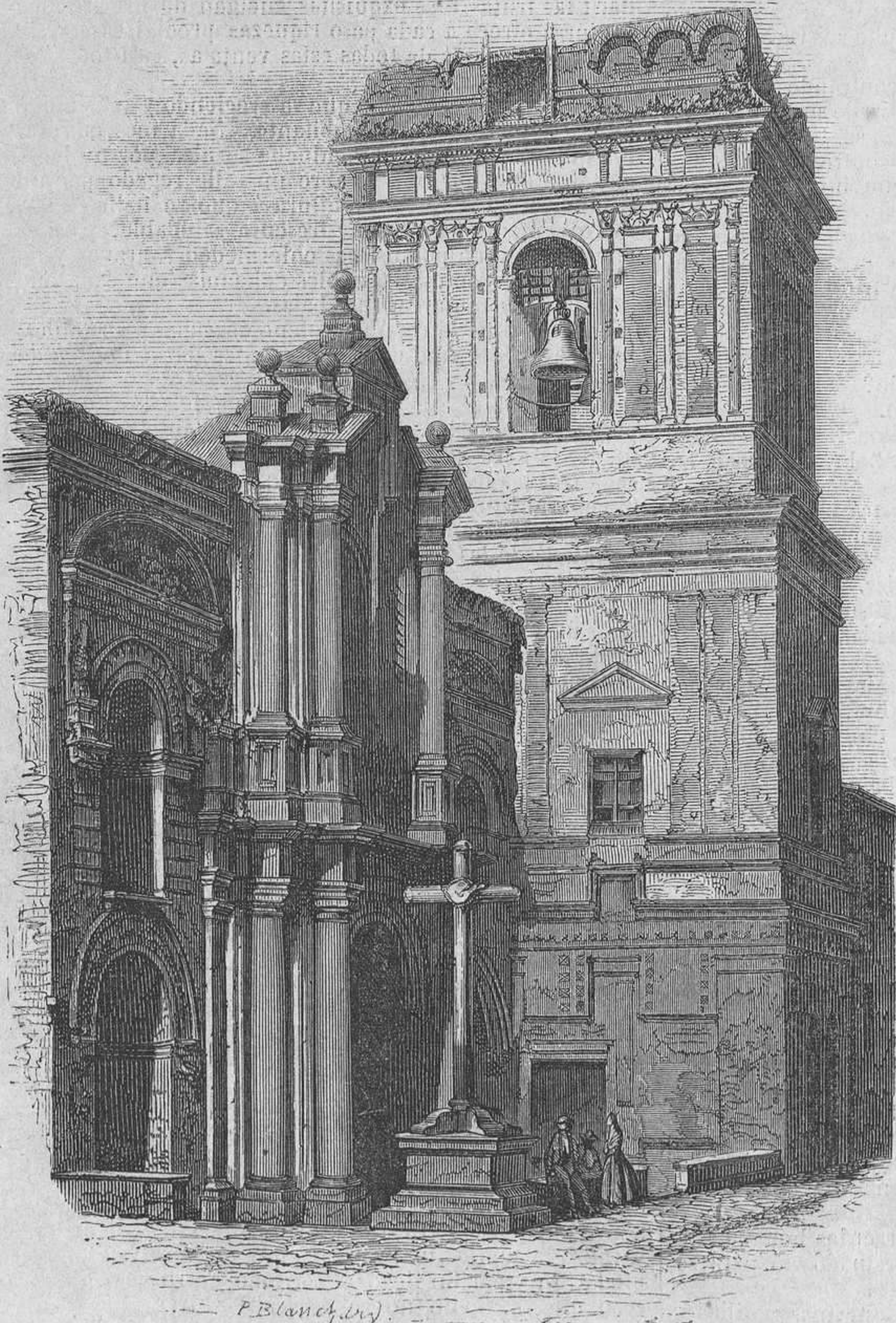
Indios del Napo yendo á Quito para cambiar sus productos.

La historia es muy auténtica, es casi una locura, mas como el héroe de ella es un inglés, todo puede creerse.

Del Pichincha llegué á las orillas del Guailabamba y me adelanté hácia el Este, hasta el territorio del rio Napo. He cazado con algunos indígenas y he recogido hermosas colecciones de coleópteros y de lepidócteros. Mi album está lleno de dibujos y mi cabeza de recuerdos... Ahí va una parte de unos y otros. R. C.



Un pordiosero.



La iglesia de San Francisco.



La iglesia de San Agustín.